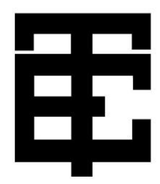


ESPIONAJE ESTELAR

VIC ADAMS

El hombre que descendió del helitaxi para encaminarse, llave en mano, a la transparente cúpula que contenía su domicilio y departamentos anejos no hubiera llamado a primera vista la atención por ninguna característica sobresaliente de su persona. Barney Hunter era un joven de estatura más que mediana, pero sin que se le pudiera llamar gigantesco; amplio de espaldas y ágil de movimientos, nadie le hubiera catalogado sin embargo como atleta profesional, aunque habían pocas habilidades de éstos que él no fuera capaz de imitar con éxito. Sus facciones, aunque correctas, no podían ser calificadas de hermosas…, ni tampoco de feas; si la cara, como suele decirse, es el espejo del alma, Barney constituía la clásica excepción que acompaña a toda regla: crueldad, ironía, amargura, bondad, espíritu artístico…, todo ello estaba ausente en él, si bien era capaz de conjurar cualquier expresión con sólo desearlo. Únicamente sus azules ojos, en perfecta combinación con la amarilla cabellera, mostraban una dureza poco común, mezclada con una envidiable inteligencia, aunque también podían ser amables si la ocasión lo requería.



Vic Adams

Espionaje estelar

Bolsilibros: Espacio - El Mundo Futuro - 296

ePub r1.1
LDS 26.03.19

Título original: *Espionaje estelar*
Vic Adams, 1963
Cubierta: Beaumont
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2




ESPIONAJE
ESTELAR

CAPÍTULO PRIMERO



l hombre que descendió del helitaxi para encaminarse, llave en mano, a la transparente cúpula que contenía su domicilio y departamentos anejos no hubiera llamado a primera vista la atención por ninguna característica sobresaliente de su persona. Barney Hunter era un joven de estatura más que mediana, pero sin que se le pudiera llamar gigantesco; amplio de espaldas y ágil de movimientos, nadie le hubiera catalogado sin embargo como atleta profesional, aunque habían pocas habilidades de éstos que él no fuera capaz de imitar con éxito. Sus facciones, aunque correctas, no podían ser calificadas de hermosas…, ni tampoco de feas; si la cara, como suele decirse, es el espejo del alma, Barney constituía la clásica excepción que acompaña a toda regla: crueldad, ironía, amargura, bondad, espíritu artístico…, todo ello estaba ausente en él, si bien era capaz de conjurar cualquier expresión con sólo desearlo. Únicamente sus azules ojos, en perfecta combinación con la amarilla cabellera,

mostraban una dureza poco común, mezclada con una envidiable inteligencia, aunque también podían ser amables si la ocasión lo requería.

Con una sardónica sonrisa en los labios, insertó el llavín en la única abertura apropiada de las muchas que se ofrecían tentadoramente al curioso merodeador interesado en percatarse de las maravillas que, se susurraba, contenía la señorial mansión visible a través del transparente plástico. La pequeña puerta personal cedió paso y a los pocos instantes se encontraba Barney ante la casa propiamente dicha, luego de atravesar el exótico jardincillo, de que alardeaba justificadamente.

—¿Hemos tenido visitas, Bill? —inquirió.

—No, señor —repuso una voz metálica, materializándose, al parecer, del mismo aire.

«Bill» era un robot-guardián de un modelo poco común, que reservaba no pocas sorpresas para quien no fuera su amo…, y algunas de ellas no eran precisamente agradables: estaban dedicadas a los intrusos más recalcitrantes.

Ahora se abrió la puerta, indicio de que Bill no mentía, y Barney penetró en su inviolable domicilio.

—¿Alguna novedad, Bill? —siguió preguntando el joven.

—Llamó el coronel Spruce, de…

—Noticia vieja —interrumpió Barney. El robot se había callado en cuanto empezó a sonar su voz—. ¿Qué quería esta vez?… Bien, supongo que tendré que llamarle.

Con sus ágiles pasos caminó hasta un departamento costosamente amueblado. Era su despacho particular. Sentándose ante la mesa hizo accionar los mandos del visófono y en medio minuto tenía reflejada en la pantalla la imagen de su eterno enemigo, el coronel Spruce.

—¿De qué nuevo y horrible crimen se me acusa, Spruce? —Fue la salutación de Hunter.

—¿Puedes venir a mi despacho, Barney? —le espetó el coronel ansiosamente—. No puedo confiar en las máquinas…

—¡Vamos, vamos! —ironizó—. No irás a decirme que temes que alguien controle tu visófono. Yo estoy completamente seguro del mío: le daría un disgusto a quien intentara manipularlo…, aun de lejos.

—Lo sé por experiencia —reconoció el coronel—. Pero no quiero hablar de eso contigo.

—¡Ya comprendo! Una celada para poderme tener donde te conviene. ¿Qué será? ¿Pentotal?… No; tú tienes más fantasía que todo eso… Bien, me pica la curiosidad y muerdo el anzuelo. ¿A qué hora?

—Cuanto antes. Estaré esperándote. ¿Eres capaz de llegar hasta mí sin que nadie te reconozca? Sería muy conveniente.

—De acuerdo.

* * *

El zumbador de la puerta hizo que el coronel Spruce levantara la mirada hacia la pequeña pantalla que le revelaba la identidad de sus visitantes. ¡Todavía no era aquel condenado Hunter! En el deslustrado cristal apareció la encorvada y decrépita figura de su ordenanza particular, con una carpeta en las manos. Spruce oprimió un resorte y la puerta se abrió.

—¿Qué deseas, Zach? ¿Ha preguntado alguien por mí?

—No, señor. Vengo únicamente a dejar esto en su sitio. Es el expediente de…

—Colócalo ahí dentro. —Spruce no le dejó terminar. No le interesaba en aquellos momentos más que una cosa, y ésta no era, precisamente, lo que el otro pretendiera archivar—. Procura salir sin molestarme.

—Sí, señor.

El coronel volvió a inclinar la cabeza sobre los documentos que estaba estudiando. El anciano pasó silenciosamente a una pequeña estancia contigua, que servía de archivo.

Pero Spruce era incapaz de concentrarse mucho tiempo en aquello. Sus ojos pasaban más tiempo clavados en el reloj que en los documentos. ¡Hunter se retrasaba ya cinco minutos! Como una fiera acorralada miró en torno. ¿Llamaría nuevamente a casa de aquel granuja? Su mano se retiró de los controles del visófono: no estaría allí, seguro.

—¡Y el general, esperando! Él que le había dicho que una de las pocas cualidades estimables en Hunter era su extraordinaria puntualidad.

Sus dedos juguetearon con el timbre que le ponía en comunicación con Zach. No llegó a tocarlo. Cuando Spruce ostentaba el mando supremo era hombre de decisiones rápidas, instantáneas; pero éste no era el caso de ahora. El general Leahy era quien llevaba el control de esta especialísima operación, actuando el coronel únicamente como su mano derecha. Por ello optó por levantarse y pasar al pequeño despacho interior, perfectamente acondicionado contra toda clase de espías vivientes o mecánicos, donde aguardaba Leahy y debía tener lugar la entrevista.

Iba a pedir consejo…, y disculpas.

Se introdujo en el archivo, cerró con sumo cuidado la puerta a sus espaldas, cerciorándose de que nadie podría abrirla desde el exterior, y luego pasó a la pared de enfrente donde un enorme mueble-archivador se alzaba, imponente. Sin embargo, una ligera presión en determinado lugar lo apartó de allí, y medio segundo después quedaba abierto un rectángulo de pared cuyas junturas eran por completo invisibles.

—¡Adelante, Cyril! —le invitó alegremente una voz archiaborrecida, pero infinitamente deseada en estos momentos—. Como verás, Harry, tu hombre de confianza deja mucho que desear en cuanto a puntualidad: viene con seis minutos y cinco segundos de retraso.

¡Barney Hunter se había materializado en aquel super-secreto, surgiendo, al parecer, del mismo aire que respiraban!

Spruce estuvo cerca de un minuto, paralizado, sin saber qué decir. Más por hábito que por pensamiento consciente cerró la puerta invisible a sus espaldas, y al cabo estalló:

—¿De dónde sales? ¿Cómo te las has arreglado para entrar aquí?

Hunter abrió mucho los ojos. Su expresión era de la más absoluta inocencia.

—¡Pero, Cyril…! —Se volvió hacia el general—. ¿Te das cuenta, Harry? Me cita aquí, encareciéndome no me retrase; es él quien viene injustificadamente tarde, ¡y todavía tiene la desfachatez de hacer preguntas necias! ¿Cómo diablos quieres que haya entrado? ¡Por la puerta!

Leahy sonrió, divertido. Ante la muda pregunta de Spruce inclinó afirmativamente la cabeza.

—En efecto, coronel. Ha entrado por la misma puerta que usted

y, supongo, para ello ha debido pasar por su oficina exterior.

—No le he visto…, y la puerta no se abre si yo no… —se interrumpió en seco—. ¡Ahora comprendo! ¡Zach!

—Es un secreto del oficio, pero puesto que lo has adivinado, no pretenderé ocultártelo… Sin embargo, creo que no me habrás llamado para que os dé una lección de cómo aparecer en una habitación sin haber entrado en ella.

—No, en efecto —intervino el general—. Dígaselo, Spruce.

—No me vengas con rodeos —zahirió Hunter al coronel antes de que éste tuviera tiempo de abrir la boca—. Los malos tragos deben tomarse de golpe, no a pequeños sorbos.

Y sacando un cigarrillo de su lujosa pitillera lo encendió sin dignarse invitar a los demás. Cruzó una pierna sobre otra y se dispuso a escuchar con gesto de aburrimiento.

Spruce carraspeó, no muy cómodo por el encargo que debía cumplir.

—Verás, Barney. Parece ser que entre tú y nuestro departamento han habido ciertos malentendidos…

—¿Malentendidos? ¿Qué entiendes tú por tales? —se extrañó Hunter—. No se ha cometido crimen en la Galaxia entera que no intentarais echarme sobre las costillas. ¿Pretendes pedirme perdón luego de los malos ratos que me has hecho pasar con tus sabuesos? ¡Déjate de frases que a nada conducen, pues de sobra sabemos los dos que si alguna vez me sorprendierais infringiendo una simple limitación de velocidad no dudarías en cargarme de cadenas! ¡Al grano!

—No me facilitas las cosas en forma alguna —se quejó el hombre.

—Ni lo pretendo. Me has llamado tú, ¿no es eso? Pues comunícame los motivos de ello y no perdamos más tiempo del imprescindible. Tengo trabajo.

—Todos nos encontramos en el mismo caso —medió Leahy, haciéndose cargo de la voz cantante, en vista de lo difícil que le resultaba a Spruce el contender con aquel puñado de cardos que se llamaba Hunter—. Se trata de lo siguiente: ¿has oído hablar de lo que ocurre en la zona del Sol?

—Rumores…, apenas poco más que lo que se dice en los noticiarios. ¿Qué pasa en el viejo solar de la humanidad?

—¡Eso quisiera saber yo! —refunfuñó el general—. Lo que queremos decirte está clasificado como super-secreto…, y no negociable en dinero. ¿Se pude confiar en ti para que lo mantengas callado?

—Depende… Si dices que no hay dinero a sacar, lo procuraré. Para mí no tiene importancia nada que no pueda ser exprimido —agregó cínicamente Hunter—. Sin embargo, y por esa misma razón, ¿qué gano yo con desperdiciar el tiempo aquí, haciendo de paño de lágrimas para vosotros? Porque, supongo, la llamada no obedece a un simple deseo de charlar un rato. Hay dificultades en casa, por lo visto.

—Aciertas de pleno. Tu ganancia consistiría, de momento, y en caso de que accedas a lo que te vamos a pedir, en un piadoso olvido de todos tus pecadillos pasados… No, ya sé que no se te puede acusar de nada grave en concreto —agregó Leahy al ver el gesto de protesta del otro—, pero siempre hay alguna cosilla y tal vez se pudieran sumar dos y dos en pequeños detalles. Pero no quiero valerme de eso para forzarte. Sabes que, por el momento, pisas terreno firme y yo lo reconozco. Por tanto la oferta es: cien mil créditos en un cheque convertible en moneda cuando quieras, que te será entregado contra tu palabra de aceptación; un millón más al término satisfactorio de la misión que se te encomendará; un puesto fijo en nuestra organización, con el mejor sueldo que jamás se ha pagado en el servicio, a fijar por ti mismo. Y, por último, quizá pudiéramos llegar hasta… hasta una especie de vista gorda en tus futuras actividades, con tal de que fueras cuidadoso y no te pasaras demasiado de la raya.

Hunter quedó más que asombrado, anonadado, ante la propuesta. Durante varios segundos no pudo hacer otra cosa que dar enérgicas chupadas a su cigarrillo. Estaba literalmente sin habla.

—Desde luego —dijo por fin con voz casi inaudible— el apuro debe ser colosal. ¿Qué probabilidades hay de que pierda el cuello…, caso de aceptar?

—Comprenderás que muchísimas. Sin embargo, no podemos asegurarte nada, puesto que tu misión, precisamente, consistiría en averiguar por qué no sabemos cosa alguna de lo qué ocurre en el Sector del Sol.

—Enviad algunos agentes allí —propuso Hunter, como asombrándose de que tan luminosa idea no se les hubiera ocurrido a los otros—. Por mal que ande el servicio no creo que carezca de unas cuantas naves para el viaje.

—Ya lo hemos hecho —dijo pacientemente el general—. Y no ha vuelto ninguno, ni sabemos nada de ellos.

—¡Comprendo! Y ahora queréis probar suerte conmigo. El razonamiento es lógico: nuestros mejores hombres no han logrado solventar el misterio; por tanto, enviemos a alguien que sea mejor que ellos.

—Otra vez diste en la diana.

—Bien. Exprimid esas molleras. Quizá me interese darme una vueltecita por el borde de la Galaxia. Todavía no he estado allí, y a mi cosmopolitismo le va siendo necesario un poco de aire de provincias.

Prendió fuego a un segundo cigarrillo.

—La cosa empezó hace unos tres meses. Como sabes, nuestro planeta se encuentra casi en el centro de la Galaxia, a unos cuarenta mil años-luz del Sol, por lo que a nadie le extrañó que de pronto se dejara de recibir noticias de la Tierra; suele ocurrir a veces, por distintas causas. Sin embargo, una nave de pasaje salió de Rigel; su siguiente escala era Altair, a dieciséis años-luz del Sol, y de allí debía saltar a Betelgeuse en su camino de regreso. Pero no dio señales de vida en este último lugar, y todos los mensajes enviados a Altair quedaron sin respuesta. A continuación sucedió lo mismo con un crucero que debía tocar en Sirio: no llegó jamás a El Nath, donde le esperaban trescientos cadetes que tenían que recoger. Luego fueron varias naves más…, y por último una cincuentena de agentes que enviamos a ver qué ocurría. En resumen: en un radio de cien años-luz en torno al Sol se está produciendo algo que muy bien pudiera ser un peligro para toda la Galaxia; tu misión…, si aceptas, consiste en averiguar de qué se trata.

—Muy sencillo: así, de memoria, que yo sepa, hay no menos de

un centenar de mundos habitados en ese sector —murmuró Hunter sardónicamente—: Sol, Alfa del Centauro, Fomalhaut, Denébola, Vega, Arturo, Procyon, Achernar, Cástor y Pollux, Mizar… ¿Por dónde empiezo?

—Nadie te niega que será difícil, pero precisamente ése es el motivo de que te hayamos llamado a ti y no a otro menos capaz.

Leahy y Spruce aguardaban la respuesta. Les parecía transcurrir una eternidad, pero al fin Hunter pronunció una sola palabra:

—Conformes.

Un doble suspiro de alivio resonó en la supersecreta estancia.

—¿Cuándo empiezas? ¿Cómo piensas lograrlo?

—¡Alto, muchachos! —Hunter levantó la mano, frenando las impetuosas preguntas de los otros, que amenazaban con dispararse en procesión interminable—. Haré el trabajo… a mi manera y con los métodos que me parezcan más apropiados. La primera parte es lo único que os interesa a vosotros; en cuanto a mí, lo más interesante por ahora es ese cheque. Supongo que puedo fiar en vuestra palabra para el resto.

Tendió la mano y el general depositó en ella el documento que le acreditaba como indiscutible propietario de cien mil créditos. Una buena fortuna de que no podían disponer muchos que estaban convencidos de ser ricos.

CAPÍTULO II



sa es la historia, Lionel —terminó Barney Hunter—. Como verás, bien poca cosa. ¿Qué crees que puede estar ocurriendo en la región del Sol?

Al pronto, cualquier observador hubiera creído que se dirigía al aire que le rodeaba, pero no hubiera tardado en salir de su error al ver que un ser de aspecto exterior muy semejante al de una cacatúa, pero del tamaño de un gorrión, respondía con voz perfectamente modulada:

—No tengo ni la más leve idea, como comprenderás.

El «pájaro» sacudió levemente las alas y de debajo de ellas salieron un par de huesudos y delgados brazos provistos de cuatro dedos cada uno, de aspecto muy ágil. Sus enormes ojos contemplaron aquellas manos como si fuera la primera vez que las veían.

—¿Te has decidido ya por nuestra primera escala? —quiso saber.

—A medias. Supongo que cuando uno quiere entrar en una casa lo primero que ha de hacer es pasar al zaguán: no meterse directamente en el cuarto de baño o la cocina, pongamos por ejemplo de departamentos interiores. Nosotros haremos igual: nuestra primera parada será Canopus, a treinta y tres parsecs del Sol[1] y en el límite de la zona misteriosa. Desde allí, caso de que nos sea posible, intentaremos profundizar más.

Ni su más íntimo amigo, aunque pocas personas eran acreedoras a este calificativo, hubiera podido reconocer en aquel rudo lobo del espacio al atildado Barney Hunter. Sin embargo, había adoptado un disfraz sencillísimo: un absoluto descuido en el peinado, una corta y puntiaguda barba rubia y una hosca expresión en sus facciones; suficiente todo ello para desfigurarse por completo sin el empleo de complicados artificios que tal vez no estuvieran en situación de renovar en el desconocido ambiente en que iba a encontrarse.

Lionel tampoco era una característica demasiado identificable en relación a él. Pese a ser inseparables, jamás se reunían en público sino bajo esta personalidad de «Capitán Duncan», y el vagabundo comerciante que recorría sin cesar la Galaxia de un extremo a otro llevando sus mercancías y obteniendo pobres beneficios que apenas bastaban para las reparaciones de la vetusta «Alden». Aquel ser inteligente profesaba una perruna devoción hacia Hunter y constituía una inapreciable ayuda. Pocos, tal vez ningún ser humano, conocían la existencia de semejante raza en un planeta perdido dentro de un cúmulo estelar, que en cierta ocasión salvó Hunter de ser diezmados, quizá extinguidos por completo.

—Ahí delante está Canopus —«Duncan» señaló la pantalla del visor, indicando una brillante estrella blanco-amarilla que ocupaba un lugar en el Centro—. Es bastante grandecita para que se pueda ver perfectamente su forma esférica desde… —consultó sus aparatos— seis meses-luz. Será cosa de empezar ya la deceleración.

Durante unos minutos estuvo demasiado ocupado con los mandos para observar sus progresos en la pantalla. Sin embargo, estaba tan seguro de su habilidad como piloto que una súbita observación de Lionel le arrancó simplemente una sonrisa de incrédula tolerancia.

—Creo que nos hemos desviado, Barney…, digo, capitán. La estrella ha desaparecido.

—¡No me hagas reír, pequeño! Lo que tú necesitas es que un doctor te examine la vista. ¡Vamos directamente a Canop…! —Sus ojos se alzaron instintivamente para asegurarse—. ¿Qué diablos ocurre?

En efecto, la enorme estrella blanca no ocupaba el centro de la pantalla…, ni cualquier otro lugar en ella. Y, sin embargo, los demás puntos luminosos eran los mismos y estaban en el mismo orden que los viera poco antes.

—¡No puede ser! —exclamó al cabo de unos momentos de estupefacción—. Es imposible que una estrella de ese tamaño desaparezca de pronto sin dejar rastro.

Ningún aparato registraba la presencia de tan voluminoso cuerpo. El masómetro se mostraba vacío a un campo gravitatorio próximo, que poco antes, había acusado intensamente. Los detectores de radiaciones permanecían mudos en cuanto a Canopus se refería, no registrando absolutamente nada en toda la gama del espectro, desde las micropulsaciones normalmente casi imperceptibles hasta los poderosos rayos gamma y cósmicos, pasando por las vibraciones infrarrojas, visibles y ultravioleta.

—¡Oye! —ofreció Lionel tratando de prestar ayuda—. ¿No será que…?

—¡Cállate, pajarraco!

No hablaba en tono ni siquiera irritado, pero el «pajarraco» guardó silencio tan efectivamente como si le hubiera amenazado con sacarlo a tomar el fresno en el vacío sideral. El jefe deseaba reflexionar.

—No queda otra solución que… —dijo al fin. En la última palabra trascrita se interrumpió para lanzar un feroz taco—. ¡Infiernos!

Todos los aparatos de detección habían quedado mudos de repente.

—¿Qué pasa ahora, capitán? —inquirió Lionel.

—¡Pasa que nos han atrapado, por cien mil novas!

Efectivamente: a su alrededor acababan de materializarse dos esbeltas naves de combate, cuyos rayos tractores mantenían a la «Alden» tan efectivamente inmovilizada como si hubiera perdido los motores. La pantalla del radio-visófono mostró unos destellos indicadores de que alguien deseaba comunicar con ellos.

Hunter puso en acción al aparato, dibujando en sus facciones una expresión de furia.

—¿Qué mil Belcebúes queréis? —Ladró al rostro que surgió en el cristal—. ¿Es que ya no puede un honrado comerciante hacer su ruta sin que los sabuesos del gobierno lo detengan a cada paso para comprobar si lleva contrabando? ¡Más os valía dedicaros a capturar a los piratas que me dejaron limpio hace seis meses en las proximidades del mismísimo Rigel! ¡Para eso pago mis impuestos y…!

—¡Está bien, capitán! —le interrumpió secamente el otro—. ¡Permita que un grupo de mis hombres pasen a hacerse cargo de su nave!

El falso capitán Duncan abrió la boca como si su mandíbula hubiera perdido las fuerzas para mantenerla en su sitio.

—Pero…

—¡Haga lo que le digo! ¡No puedo perder tiempo y tampoco quiero verme obligado a convertirle en humo!

El barbudo comerciante pareció a pique de estallar en una serie de imprecaciones. Finalmente lo pensó mejor y con voz en la que se transparentaba una mal reprimida cólera dijo, con forzada mansedumbre:

—De acuerdo. Vengan cuando quieran.

Una especie de ondulante manguera se extendió desde uno de los aparatos que mantenían firmemente sujeta, a la «Alden». Instantes después se escuchaba a través del casco un sonido metálico al adherirse a él un juego de ventosas magnéticas, y por el pasadizo así formado se aproximaren media docena de hombres vestidos con los uniformes reglamentarios de las Fuerzas Espaciales Galácticas, si bien las insignias del cohete vertical, orlado de diamantes representando estrellas, habían sido sustituidas por otras que Hunter no viera jamás con anterioridad: una cabeza de león con una luna en la boca.

Duncan los aguardaban al otro lado de la esclusa de aire. El oficial que mandaba el grupo tendió la mano hacia él en ademán perentorio.

—Sus documentos, capitán.

Sin responder, el comerciante dio media vuelta para encaminarse hacia la cámara de derrota seguido del otro y un par

de sus subordinados. Los demás se alejaron por un pasadizo para inspeccionar la carga.

—¡Tengan cuidado con las cajas estibadas en la bodega número tres! —advirtió con acento de angustia—. Lo que contienen es de mucho valor y fácil de echar a perder. Yo se lo enseñaré si tienen interés en verlo.

—No se preocupe —replicó el oficial—. Únicamente tratan de comprobar si lleva algún polizón.

Estaban introduciéndose por la portilla de la sala de control. Duncan se volvió a medias.

—Estoy solo en la nave. Si llevaba compañía se habrá muerto de hambre a estas…

—¡Piratas! —le interrumpió una voz chillona—. ¡Todos a las armas!

El uniformado teniente palideció, y en el acto tuvo una pistola en la mano.

—¡Salga con las manos en alto, quien sea! —ordenó, dispuesto a disparar a la menor provocación.

—No tema, oficial —le tranquilizó Duncan—. Es Lionel, una especie de papagayo muy aficionado a bromear. ¡Ven acá, Lionel!

El «pájaro» emergió de detrás del sillón del piloto, yendo a posarse sobre su hombro.

—¡Piratas! ¡Piratas! —repetía a voz en cuello, en una perfecta imitación de lo que haría una cotorra desprovista de inteligencia—. ¡Por cien mil novas, no dejéis uno!

Duncan abrió el cajón de una mesa y extrajo un manojo de papeles que entregó al teniente.

—Aquí tiene mis documentos de identidad…, la patente de la «Alden»…, las listas de carga…, mi permiso del Gobierno Central para comerciar en este cuadrante de la Galaxia… ¿Necesita algo más? Si quiere comprobar el cargamento…

—No será necesario. ¿Lleva armas a bordo?

—Ninguna, salvo mi pistola.

—Entréguemela.

—¡Pero, oiga! —Se resistió Duncan—. ¿Qué significa esto? ¿No van a dejarme proseguir mi camino?

—¿A dónde se dirigía usted?

—A Canopus… Por cierto que, ¿dónde se ha metido? Hace un

rato era perfectamente visible y ahora mis aparatos no logran localizarla.

—Bien. Acompáñeme a mi crucero. Mis hombres le evitarán el trabajo de llevar el «Alden» hasta Canopus IV.

Era tanta la seguridad del oficial de que sus órdenes serían obedecidas sin la más leve réplica, que al pronto no captó el significado de la respuesta de Duncan.

—No.

—¿No…? —inquirió ominosamente al cabo de unos segundos—. ¿En qué se funda usted para pensar que voy a permitirle desobedecer un mandato?

—¡Nada de desobedecer, teniente! —protestó el comerciante—. Simplemente me limito a hacer constar el hecho de que el «Alden» era ya viejo cuando su abuelo y el mío empezaban a echar los dientes, y no hay en todo el Universo nadie que entienda sus razones como yo. Apuesto lo que quiera a que el mejor de sus pilotos no es capaz de hacerle mantener un rumbo diez minutos seguidos…, por no hablar de que lo metería en el hiperespacio creyendo que maniobra para el vuelo planetario. Puede hacer la prueba si quiere.

—De acuerdo —repuso el oficial luego de una breve vacilación —. Lo pilotará, usted, pero mis hombres se quedarán en su compañía para guiarle. ¡Y no intente ninguna jugarreta! No tendré él menor inconveniente en disparar, aunque el hacerlo suponga matarles a ellos también.

—Mire, teniente: yo tenía intención de ir, precisamente, a Canopus IV. Al parecer la estrella y todo su sistema se han traslado a cualquier otra parte de la Galaxia, y, lejos de intentar jugarreta como usted dice, le estoy agradecido de que me proporcione guías para lograrlo. Cuando quiera nos ponemos en marcha.

El hombre regresó a su nave de combate dejando a sus subordinados a bordo del «Alden». La pasarela fue retirada y Hunter, alias Duncan, volvió a ocupar su asiento en la cabina de pilotaje.

Lionel seguía chillando de vez en cuando su estribillo de «¡Piratas! ¡Piratas! ¡Acabemos con ellos!», como si pretendiera que no fuese olvidada su presencia.

—¡Cuando queráis, muchachos! —invitó Duncan. Uno de los

uniformados invasores se situó a su lado, contemplando la pantalla, que había vuelto a animarse al cesar la acción obstructora de los cruceros.

—Ponga rumbo al centro exacto del triángulo de estrellas que se ve a veintisiete grados norte del segundo cuadrante —le indicó.

—¿Velocidad?

—¿Cuánta llevamos ahora?

—Dos días-luz por hora.

—Acelere a siete o no llegaremos en una semana.

—¿No creerán sus amigos que pretendo escapar?

—No se preocupe. Están escuchando todo lo que hablamos.

Hunter tomó buena nota de la observación. Dispuesto a aprovechar la oportunidad que se le brindaba, hizo una pregunta:

—¿A qué se debe que mis detectores de ondas hayan dejado de captar súbitamente la presencia del sistema de Canopus cuando le tenía delante de mis narices… y, al parecer, continúa en el mismo sitio, aunque invisible?

La respuesta no es difícil. Usted mismo se ha planteado el problema, con todos sus datos, al hacer la pregunta. Sume dos y dos…, y espere unos momentos.

Esperó. Los momentos a que aludiera el otro fueron, traducidos a reloj, exactamente cuarenta y seis minutos. De pronto, tan inopinadamente como se había esfumado, volvió a presentarse ante su vista la cegadora estrella amarillenta, y al mismo tiempo los aparatos comenzaron a cantar excitadas mediciones. Una campana de alarma sonó estruendosamente por alguna parte; una luz roja parpadeó, inundando la cámara con su resplandor, a la vez que se amortiguaban las luces normales. Duncan pulsó varios mandos y todo volvió a quedar tranquilo: navegaban dentro de un sistema planetario a velocidad infralumínica. Hacer otra cosa hubiera resultado suicida a causa de la especial constitución de los motores hiperlumínicos que, sostenidos a marcha moderada dentro de un intenso campo gravitatorio, estallaban a los pocos minutos.

Dos horas más tarde el «Alden» se posaba plácidamente en el astropuerto militar de Canopus IV, entre las colosales masas de los navíos de combate destacados allí.

Todo parecía normal…, salvo que no se le permitió descender en el campo civil, y aquellas insignias de modelo desconocido…

Los dos cruceros que le escoltaban tornaron tierra muy próximamente. En la pantalla volvió a aparecer el rostro con que primero se enfrentara.

—Desciendan, y esperen al pie de su nave —fue la orden que les transmitió—. Un vehículo del cuartel general pasará a recogerles.

No cabía duda de que por el momento Duncan era un prisionero. Refunfuñando en voz baja tomó sus documentos, los metió en una cartera de mano y se dirigió a la esclusa de salida sin hacer caso alguno a sus guardianes.

—Vamos, Lionel —dijo—. ¡Me van a oír esta gente! ¿Qué se habrán creído?

Lionel se aposentó sobre su hombro, actitud muy natural en un pájaro, pero que al mismo tiempo les permitía intercambiar algunas palabras sin que los demás se percataran.

Hunter, o Duncan, aprovechó la oportunidad para deslizar unas susurradas instrucciones.

Y consecuencia de ellas fue que Lionel, fingiéndose presa del pánico al ver acercarse un vehículo terrestre que para un ser irracional y salvaje hubiera pasado por un terrible monstruo, levantó velozmente el vuelo.

—¡Vuelve acá, Lionel! —gritó Duncan—. ¡Ven, maldita cotorra sin seso!

Pero pese a los amenazadores gestos de su dueño, la «cotorra sin seso» no regresó y Duncan tuvo que introducirse en el automóvil dando grandes muestras de agitación ante la casi segura pérdida de su mascota.

—¡No se preocupe, capitán! —rió uno de sus guardianes—. No lo echará de menos dentro de poco.

El comerciante se volvió hacia él, palideciendo un poco.

—¿Qué quiere decir con eso? ¿Que me van a matar?

—¡Siéntese y no haga preguntas! No tardará mucho en saberlo.

El recorrido fue relativamente breve y minutos después se apeaban ante el edificio de la comandancia del astropuerto. El capitán de las astronaves que le capturaran se encontraba también en la especie de sala de espera donde penetraron.

—¿Puede decirme de una condenada vez qué significa toda esta

pantomima, capitán? —rugió irascible Duncan, encarándose con él —. ¡Es un atropello intolerable! ¡No puede detener impunemente a un honrado comerciante que tiene toda su documentación en regla, haciéndole perder un tiempo precioso que puede significar una gran pérdida de dinero!

—Hasta ahora nadie le ha hecho perder tiempo, capitán —le recordó el otro—. Usted se encontraba perdido en el espacio, sin poder localizar a Canopus, que era su punto de destino; nosotros lo hemos traído aquí.

—¡Pero como prisionero! ¡Escoltado por esta pandilla de fantoches que tiene a sus órdenes! ¡Su misión como patrulleros consistía únicamente en guiarme y permitir que descendiera donde me viniese en gana…, no en el astropuerto militar como si me hubieran sorprendido con la nave atestada de contrabando!

—Todavía no sabemos que no lo lleva.

—¡Suya es la culpa! ¡A su disposición estuvo el «Alden»! ¡Haberlo registrado hasta los depósitos de combustible! —El enfurecido Duncan se interrumpió de pronto para quedarse mirando a un lugar junto a la puerta de entrada—. ¡Lionel, pequeñín! ¡Ven con papá!

Al parecer la alegría de recuperar a su mascota le había hecho olvidar su indignación. Lionel revoloteó desde la lamparilla ornamental que había adoptado como percha, y con sumo cuidado de no pasar al alcance de las manos de ninguno de los otros se reintegró al hombro de Duncan.

Pocos momentos después el capitán y su custodiado eran llamados a presencia del comandante del astropuerto, un tieso militar llamado Phelps. Luego de escuchar aburridamente el informe de su subordinado, dictaminó con brevedad:

—¡No debiera haberme venido con semejante cuestión de rutina, capitán! De momento queda confiscada la nave, con toda su carga; una vez hayan sido investigados los antecedentes de este hombre y se compruebe cuál es su verdadera misión en este sector se le aplicará el tratamiento a que haya lugar. Entretanto, ¡enciérrenlo!

Media hora más tarde Duncan se encontraba confinado en una estrecha habitación de menos de dos por tres metros. La cárcel de Canopus IV, planeta con menos de un millón de habitantes fijos y un bajísimo índice de criminalidad, era uno de los edificios públicos

más descuidados: consistía en una construcción cuadrada, con una veintena de celdas, todo cuanto pudiera considerarse concesión a la estética o, simplemente, a la comodidad, y que fiaba, para mantener en su interior a los alojados en ella, en los antiquísimos métodos de gruesos muros y fuertes rejas. La única diferencia esencial que podía encontrarse entre ella y un establecimiento similar del siglo XIX en la Tierra consistía en sus cerraduras eléctricas y los «ojos» «oídos» distribuidos en lugares estratégicos. El nuevo recluso había descubierto más de una docena en su camino hasta la celda, pero en su interior el micrófono y la lente estaban destrozados, probablemente obra de algún preso anterior, celoso de preservar su vida íntima.

Lionel había seguido a su amigo hasta aquel lugar. Ahora ambos sostuvieron un breve conciliábulo, intercambiando impresiones, de las que salió la siguiente decisión:

—Esta noche nos largamos de aquí, amiguito. No conviene que esperemos a que encuentren…, o inventen, algo sospechoso contra nosotros sin que tengamos una idea de lo que pasa. Hasta ahora estamos completamente a oscuras. Además, aquí dentro no hacemos nada por ganar el millón de Harry.

Y salieron. El procedimiento empleado lo guardó siempre Barney Hunter como un secreto profesional y para impedir que se divulgara entre la gente del hampa. Lo contrario hubiera supuesto un interminable éxodo de presos desde todas las cárceles, y la ineludible necesidad de modificar radicalmente los procedimientos de seguridad en las penitenciarías de la Galaxia entera. Éste fue uno de los motivos de que, en el monumento que muchos años después se erigió en su honor, quedara grabada la frase que se hizo famosa: «Un hombre que hablaba mucho, pero tenía la virtud de saber callar».

CAPÍTULO III



l almirante Phelps no era, precisamente, lo que pudiera llamarse un hombre de carácter apacible. Esto lo demostró al arrojar un pesado cenicero metálico a la cabeza del alcaide Trumbull cuando este probo funcionario fue a comunicarle la infausta nueva de que el prisionero Duncan se había esfumado de su celda sin que, al parecer, hubiera utilizado ninguno de los caminos normales que suele brindar el espacio tridimensional.

Por fortuna, para Trumbull desde luego, el cenicero erró su blanco por algunos milímetros y el cráneo del alcaide pudo conservar para la posteridad su redondeada silueta que no afeaba la más mínima vellosidad.

Phelps se tranquilizó en el acto, como si hubiera necesitado realizar aquella acción, al margen de su éxito o fracaso.

—Cuénteme lo ocurrido.

Con palabras entrecortadas por el reciente terror…, y por el que

le producía la expectativa de represalias por su ineptitud, el infeliz repitió lo poco que sabía: habían encerrado a Duncan en una de las celdas más seguras —ladinamente ocultó que había hecho reparar a toda prisa los aparatos-espía cuando supo lo ocurrido—; sin embargo, en algún momento indeterminado durante la noche, el preso desapareció. Las alarmas no habían sonado; tanto el hombre que vigilaba por turno las celdas mediante un televisor, como la ronda, creyeron que el bulto echado sobre la cama correspondía al recluso hasta que a la hora del desayuno se vieron obligados a salir de su error: se trataba de las ropas de cama, artísticamente modeladas.

—En ningún momento de la noche —concluyó el alcaide— se ha interrumpido la corriente que hace sonar la alarma al abrir las celdas o cuando alguien pretende saltar el muro. Los centinelas interiores y exteriores no han visto nada…

—¡Acabemos! —rugió el almirante—. ¡Ocupe usted la celda de ese hombre, y no salga de ella hasta que logre hacerlo por el mismo procedimiento que él! ¡Esto es una orden de encarcelamiento contra usted, señor mío! —aclaró, por si el otro no le había comprendido.

El infeliz se retiró temblando, y agradecido de que el castigo fuera tan leve. Phelps estuvo a punto de hundir el puño en su mesa cuando pulsó el resorte que le comunicaba con su ayudante, el coronel Boleyn.

Cinco minutos después la ciudad hervía de soldados lanzados a la busca y captura del evadido.

Sin embargo, Barney Hunter logró eludir sus pesquisas de la forma más sencilla del mundo: manteniéndose bien a la vista de todos, como quien no tiene nada que temer y se encuentra en paz con sus congéneres. Esto no tuvo inconveniente en confesarlo más tarde, pues es cosa que todo el mundo conoce a la perfección.

—Veamos, Lionel: tú, que eres tan listo, ¿qué harías de encontrarte en un planeta casi desconocido, con toda la policía lanzada en tu persecución, sin nadie a quien dirigirte…, y sin nada más que lo que llevaras encima, que es bien poco? Ni siquiera tenemos un techo donde cobijarnos para pasar la noche.

El extraño ser, tan semejante a un pájaro común, extrajo uno de los brazos ocultos bajo las alas y se rascó la cabecita con el pensativo gesto que tantas veces le viera hacer al otro.

—Supongo que… buscar dinero.

—¡Eres un chico inteligente! —Aplaudió Hunter—. ¡Vamos allá!

Hay que tener muy en cuenta que lo que Barney hizo a continuación era más bien reprobable e indigno de una persona decente. Pero también debe considerarse que, dada la situación, le quedaban pocas salidas a que recurrir en tan breve tiempo como disponía; y, finalmente, hay que aducir en su descargo que apropiarse de lo ajeno, aunque con sujeción a cierto código «moral», era la principal actividad a que solía dedicarse nuestro héroe.

En resumen, que Barney Hunter robó una cartera. Se sintió levemente avergonzado, pues su sentido de la profesionalidad era un poco más alto que todo aquello…, pero lo hizo.

Indudablemente había realizado un trabajo perfecto, se dijo con cierto orgullo al separarse de su víctima. Su desprecio hacia la especialidad de bolsillero no significaba, que no estuviera práctico en ella. A veces le era necesario, como complemento para otra tarea, recurrir a utilizarla.

—Necesitamos ropas, Lionel —murmuró a continuación.

Por fortuna el traje que se pusiera para abandonar la «Alden» no era llamativo. Habían a su alrededor muy parecidos. Y la eliminación de la corta barbita del capitán Duncan había completado el disfraz. Sin embargo, se hacía necesario contar con vestidos que nadie pudiera relacionar con él.

Mientras caminaba perezosamente sin rumbo, aunque fingiendo ir a alguna parte, le alcanzó una chica. Era bonita, eso lo vio al primer golpe de vista. Pero no tuvo tiempo de fijarse en nada más, pues ella, sin detener el paso ni parecer dirigirse a él, saludó en voz baja:

—Buenas tardes, capitán Duncan.

Se quedó de piedra; pero siendo un maestro en el control de sus emociones logró aparentar que no la había oído siquiera. Siguió su camino hasta desviarse hacia una calle poco concurrida, dispuesto a darle un golpe si era necesario y huir rápidamente. La rubia le acompañó, fingiendo tanta indiferencia como él mismo.

—Bien, señorita. ¿Qué le hace creer que yo soy ese capitán Duncan? ¿Tanto nos parecemos? —inquirió, deteniéndose en seco para enfrentarla francamente.

Ahora pudo contemplarla a placer. Era alta, aunque no tanto

como él, y sus azules ojos parecían reír a carcajadas, aunque sus labios únicamente dibujaban una leve y encantadora sonrisa.

—Mire, capitán: no empecemos a discutir su personalidad. Acabo de ver cómo despojaba de su cartera a un infeliz que lo estaba pidiendo a gritos. Es lo primero que me ha llamado la atención en usted. Luego, habiéndome enterado de que van como locos buscando a un tal capitán Duncan que se les ha escurrido como una anguila de entre los dedos, he visto que sus ropas se parecen a las de él; y la cara, salvo algunos pequeños detalles fácilmente cambiables, es la misma.

Hunter comprendió que no iba a sacar nada con negativas. Hubiera podido desprenderse de ella con facilidad, pero ella no parecía dispuesta a correr en busca de la policía para denunciarle, y era alguien que pudiera estar más enterado de la situación que él mismo. Decidió, pues, contemporizar, salvando lo más posible del naufragio.

—Bien, me ha descubierto. ¿Qué piensa hacer?

—Nada…, de momento. Siga esta calle, y, cuando llegue a su final, espéreme. Pasaré con mi coche, y en mi casa hablaremos con tranquilidad. Allí nadie nos molestará.

Así lo hicieron. Al parecer la muchacha no se sentía tampoco muy tranquila, pues lo obligó a ir agachado para que nadie lo viera a través de las ventanillas, no permitiéndole levantarse hasta que se encontraron dentro de un estrecho departamento con apenas más espacio del imprescindible para el vehículo.

Momentos después, cómodamente arrellanados en sendas butacas, la desconocida le ofrecía licores y tabaco. Barney negó con la cabeza ante los primeros y no hizo caso del último.

—Desconfiado, ¿eh? —dijo ella irónicamente—. Porque usted fuma: lo he visto encender un cigarrillo luego de su hazaña. ¿Teme que lo narcotice?

Hunter extrajo su pitillera, casi agotada ya, eligió cuidadosamente uno de los blancos cilindros y le prendió fuego antes de contestar.

Ella hizo lo mismo con uno de los suyos.

—¿Qué quiere que le diga? —respondió al fin con una diplomática sonrisa—. No puedo contestar afirmativamente porque supondría una ofensa hacia quien me brinda su casa; tampoco

puedo decir lo contrario, pues usted se iba a sentir ofendida, en el supuesto de creerme, por haberse equivocado.

—No me ofendo con facilidad, señor… Duncan —recalcó la vacilación—. Sin embargo, me va a permitir que le…

Barney no supo lo que ocurría a continuación. Al despertar se encontraba fuertemente atado sobre la misma butaca, y la chica se inclinaba hacia él.

—¿Quién eres realmente? ¿Cuál es tu nombre?

—Siento tener que defraudarte, nena —contestó con toda tranquilidad—. Soy inmune a todos esos sueros de la verdad.

Ella se echó atrás como si le hubieran dado un golpe y se derrumbó en su asiento, todavía con la jeringuilla en la mano.

—¿Qué…, qué quieres decir con eso?

—¿Dónde está Lionel? —inquirió a su vez Barney, sin contestar a su pregunta.

—¿Te refieres al pájaro ese que llevabas en un bolsillo interior? Lo he metido en un saco de plástico…, con la cabeza fuera, desde luego. Ahí lo tienes —señaló, todavía aturdida, hacia un extremo de la mesa.

Lionel estaba despierto.

—¿Lo has mirado bien? —preguntó Hunter—. Es muy bonito y hubiera sentido que le ocurriera algún daño. Fíjate en el mechón de plumas que lleva sobre su cabeza…

La muchacha obedeció de un modo inconsciente. Antes apenas prestó atención al diminuto pájaro que había encontrado al registrar a Duncan, limitándose a ponerlo en seguridad para que no escapara. Tenía, desde luego, una cabeza hermosa y de unos colores tan brillantes… Y aquellos ojos que brillaban como ascuas…

Se sintió irresistiblemente tentada de verlo más de cerca. El transparente plástico amortiguaba algo las irisaciones del cuerpo del ave, y con sumo cuidado lo liberó de su prisión. El animal la miraba fijamente, como temeroso de que aquella desconocida le causara algún daño… Sus ojos eran enormes, casi no parecían caber en aquella cabecita, Un torbellino pareció formarse en ellos, agrandándose, agrandándose…, fascinándola con su fantástica belleza…

Abrió la mano y Lionel quedó plantado sobre la palma, siempre con los ojos clavados en los suyos. Pero la desconocida no veía sino

dos grandes esferas hirvientes que se introducían en su cerebro haciéndole olvidar el pasado, el presente y el porvenir. Únicamente existían los dos globos de fuego…

Por fin, con un suspiro se inclinó sobre su cautivó. Lionel fue a posarse en extraño vuelo retrógrado sobre el hombro de Duncan, sin apartar la mirada de la muchacha. Los ágiles dedos de ella trabajaron en los nudos y las cuerdas de tenaz plástico se aflojaron.

Cuando volvió a darse cuenta de dónde estaba no había transcurrido tiempo alguno para ella: volvía a tener a Lionel entre sus dedos y lo contemplaba con admirativos ojos.

—Es precioso. ¿De dónde lo has sacado?

—De un planeta muy lejano, al otro lado de la Galaxia —respondió él, encendiendo otro cigarrillo.

Sólo entonces se percató la muchacha de que su prisionero no era tal.

—¿Cómo te has soltado? —inquirió con sobresalto—. ¿Eres un mago, acaso?

—Sí —repuso él con todo descaro—. No hay prisión ni ataduras que sean capaces de retenerme. Y ahora que volvemos a estar en plan de igualdad, puedes soltar a Lionel: no escapará. Dime para quién trabajas y por qué me has capturado en lugar de denunciarme a la policía.

Ella no era tonta ni mucho menos. En el acto comprendió que Duncan estaba receloso.

—No me vas a creer, y es una lástima. He cometido un error al tratar de sondearte por medios un poco… expeditivos —tenía sangre fría y lo estaba de mostrando—. Sin embargo, yo confío en ti, puesto que aún ignorando quién eres realmente y para qué has venido a Canopus, sé que estás contra los «Arachnes».

—Si me dijeras quién son esos… «Arachnes», quizá podría confirmar o denegar esa suposición tuya.

Una vez más se mostró desconcertada.

—¿Lo haces adrede para confundirme…, o ignoras en realidad tanto como dices?

—Mira, nena. —Barney agitó la cabeza en ademán condescendiente—; lo primero que debieras hacer es decirme tu nombre, puesto que ya sabes el mío.

Ella vaciló, acabando por encogerse de hombros.

—Fay Williams. No creo que eso te diga gran cosa.

—No. Sobre todo porque no es verdad —dijo Duncan tranquilamente—. ¿Por qué no me hablas con franqueza…, o te niegas a ello en redondo? Así no vamos a ningún lado.

—¡Pero, bueno! —se exasperó «Fay»—. ¿Qué es lo que quieres?

—Yo, nada. Eres tú quien me ha traído aquí y me ha propuesto una alianza…, o casi.

—Fay Williams es mi nombre en Canopus. Estamos en Canopus y aquí es donde trabajaríamos juntos. Confórmate con eso —hablaba con la seguridad de quien sabe el terreno que pisa—. Y ahora vamos a los positivo: Los «arachnes» cayeron sobre Canopus cuando yo me encontraba aquí por casualidad; nadie sabe de dónde han venido, aunque se supone que de la Galaxia de Andrómeda. Se les llama de esa forma porque son muy semejantes a arañas.

—Yo no he visto ninguno.

—Ni nadie, luego de los primeros días. Se dejaron caer inopinadamente sobre nosotros, tendiendo una especie de cortina que anulaba la salida de toda radiación más allá de los límites del sistema planetario, y desde entonces han impedido que saliera nadie de él. Al parecer se ocultan porque la luz les es perjudicial.

—¿Y qué buscan? Porque la gente hace su vida normal…

—¡Ése es el misterio! Se han limitado a aislarnos del universo exterior… ¡Y yo quiero salir de aquí!

—Inténtalo si tienes mucho interés. Lo más que puede pasar es que te capturen y te hagan regresar…

—¡Para convertirme en un autómata a sus órdenes! No, gracias. Prefiero la cautividad, mal que me pese. ¿Me vas a ayudar? Te ayudarías a ti mismo a la vez.

—Lamento defraudarte, preciosa. Soy un simple comerciante cuya única aspiración es que le dejen trabajar y ganar un poco de dinero para retirarse tranquilamente dentro de unos años. Y veo que en lo que me propones hay muchas posibilidades de no llegar a la vejez.

—No me engañas, Duncan…, o como te llames. Simplemente se trata de que no confías en mí.

—Desengáñate. No soy el tipo osado y aventurero que pareces imaginar.

—Te capturarán. No conoces a nadie aquí. Estás solo.

Esto era cierto.

—¿Conoces algún medio de impedirlo?

—Sí…, si accedes a lo que te he propuesto. Entre los dos podríamos…

—¡No vuelvas otra vez con eso! Lo único que puedo hacer es prometerte que lo tendré en cuenta. Dame una semana de plazo para la contestación definitiva…, y ayúdame hasta entonces.

—No tengo otro remedio. Quédate aquí. Hay sitio de sobra para los dos.

—Lamentaría…

—¡Oh, no te preocupes por mi buena fama! ¿Sabes dónde estamos? Esto es una especie de restaurante-hotel. La entrada comercial está en la otra calle. Tú serás uno más de los huéspedes. Ven, te mostraré tu habitación…

* * *

El coronel Boleyn vaciló un buen rato antes de decidirse a pedir autorización a su superior para comunicarle las novedades… negativas en la desesperada búsqueda del comerciante Duncan.

Phelps no estaba de mucho mejor humor. Sus jefes, los «arachnes», le habían tildado veladamente de inepto por el mismo asunto.

—Bien, coronel —le espetó como saludo—. ¿Viene a decirme que ya ha localizado a ese condenado Duncan…, o únicamente que tiene una pista que indefectiblemente le conducirá hasta él?

—Ni una cosa ni otra, señor —confesó francamente el coronel—. Si no fuera porque los «arachnes» insisten en la imposibilidad de ello, yo juraría que no se encuentra en el sistema de Canopus.

—Pero usted y yo sabemos que ni siquiera ha salido de este planeta. ¿Han registrado a fondo su nave?

—La hemos desguazado, prácticamente. En ella no hay nada que no sea propio de un aparato mercante. Y él tampoco llevaba encima cosa alguna anormal.

—Hay que encontrarlo por todos le medios…, o podemos irnos preparando a ceder nuestros puestos a otros que los «arachnes» consideren más competentes.

—¿Se vigilan los bajos fondos?

—Literalmente tenemos bajo observación a todos los residentes en la ciudad. Nadie parece relacionarse con persona alguna sospechosa. Se han distribuido fotografías de nuestro hombre, se exige la documentación a todos los transeúntes… Yo creo que de un momento a otro caerá en nuestras manos.

—Ruegue por que sea así…, en beneficio de usted y mío, coronel. A los «arachnes» hay que presentarles resultados positivos, no simples promesas.

—Haré lo que sea posible, señor… —Bajó la voz hasta un casi inaudible murmullo—. ¿Se sabe ya algo acerca de Teller?

—Nada —repuso el otro en el mismo tono de voz, y mirando recelosamente a un lado y a otro—. Penetró en el Palacio del Gobierno y no ha vuelto a salir. Francamente, me siento aterrado cada vez que me llaman allí: siempre temo que sea para hacerme descender por aquellas escaleras…

CAPÍTULO IV



o había permanecido ocioso Barney Hunter los tres días que los sicarios de Phelps y Boleyn se volvieron locos buscándole por todos los rincones de Canopus IV. Cierto que se vio obligado a cambiar media docena de veces su residencia para evitar que le acorralaran en la taberna-hotel de Fay Williams, pero siempre regresaba allí cuando había pasado el peligro. Lionel era un magnífico y casi invisible vigía que le avisaba de los posibles encuentros con los individuos que iban pidiendo los documentos de identidad, lo cual le permitía andar casi libremente por todas partes.

El diminuto ser alado había logrado sacar de la nave, mediante múltiples viajes, algunos objetos que hubieran podido resultar sospechosos…, y que además le eran necesarios a Hunter. Para completar su arsenal Hunter se vio precisado a cometer un robo con escalo en ciertos almacenes, pero ahora, con su equipo completo, estaba preparado a entrar en acción. La misma Fay ignoraba, desde

luego, gran parte de las actividades de su protegido.

Hunter estaba en su habitación, cuidadosamente cerrada por dentro, dedicándose a una actividad que hubiera parecido de loco: con un pincel se embadurnaba la cabeza, dejando libres los ojos. De vez en cuando sumergía el pincel en una vasija llena de un líquido transparente.

—Hubiera sido mejor y más rápida una pistola, Lionel —era su comentario en estos momentos—. Pero en ese condenado almacén no había ninguna a propósito.

Terminó su trabajo, procediendo a encender un cigarrillo mientras esperaba a que se secara la capa transparente. Salvo por un leve brillo resultaba totalmente invisible. Por fin, cuando le pareció que ya había transcurrido el suficiente tiempo, introdujo los dedos por debajo de la fina película que le cubría el cuello y tiró hacia arriba. Aquello se desprendió fácilmente, convertido en un material sumamente flexible, como de caucho.

Aún volvió a colocárselo, continuando las operaciones sobre la especie de mascarilla. Una hora después un hombre de facciones totalmente opuestas a las de Barney Hunter descendía por las escaleras que conducían a la taberna.

Paseó la mirada en torno. Los parroquianos habituales del lugar, maleantes en su mayoría o individuos que nadaban entre dos aguas a caballo sobre ambos lados de la ley, no parecían muy afectados por el cambio de gobierno. Nadie les molestaba apenas, estando la policía dedicada más a vigilar a los que mostraban demasiado ostensiblemente hostilidad hacia los «arachnes» que a los que vulneraban las casi olvidadas leyes de la Federación Galáctica.

Sus ojos recorrieron de pasada la silueta de un individuo de mediana estatura que, con las manos en los bolsillos, observaba desinteresadamente una partida de dados. Era un tipo de agradable aspecto y despectiva sonrisa, que le devolvió fríamente la mirada. Luego cada cual pareció olvidarse del otro.

Hunter salió a la calle. Estaba anocheciendo, aunque la iluminación suplía casi con ventaja a la solar. Lionel revoloteaba por las alturas, transmitiéndole información mediante pequeños gritos casi imperceptibles.

Por ellos supo Barney a los pocos momentos que el tipo de la taberna le seguía los pasos. Su corazón aceleró levemente el ritmo

de las pulsaciones, pero sólo un segundo; luego volvió a ser dueño de todas sus reacciones.

—Te haré dar un paseíto, hermano. El aire nocturno te refrescará un poco.

Su primera intención había sido darse una vuelta por los alrededores del Palacio del Gobierno, donde tenían su cuartel general los «arachnes». Dadas las circunstancias sería un suicidio hacerlo, por lo que, con el paso de quien no tiene un objetivo predeterminado, se dirigió a un parque de recreo con densas zonas de bosque.

La sombra que llevaba detrás le siguió, aunque algo recelosamente. Ello se veía en la forma de detenerse cada vez que perdía el rumor de sus pasos, para reanudar la persecución en cuanto los captase de nuevo.

Era tanta la atención que ponían Barney y Lionel a sus espaldas, que ninguno de los dos se dio cuenta de la presencia de dos individuos que parecieron materializarse de la nada ante Hunter. La primera noticia que tuvo éste fue el intenso rayo de luz de una linterna proyectado sobre sus ojos.

—¿No puede dormir, amigo? —le preguntó uno de ellos.

—¡Oh, sí! —repuso Barney con gran sangre fría—. Acostumbro a dar un paseo nocturno para ensanchar mis pulmones, y para ello éste es un sitio tan bueno como el mejor.

—¿Tendría inconveniente en mostrarnos su documentación?

—No…, si me dicen a quién tengo el honor de hacerlo.

—Policía. ¿Le basta…, o prefiere que nos identifiquemos en el cuartelillo?

Hunter se maldijo por haber caído en aquella encerrona, preparada por él mismo en realidad. Había sido una torpeza no limitarse a dar esquinazo a su perseguidor. Pero no era hombre que llorara sobre la leche vertida y resignadamente, aunque con ademán optimista para el público, extrajo la cartera que había hurtado pocos días antes. Tal vez con un poco de suerte…

No la hubo.

—Tendrá que acompañarnos, compañero —dijo uno de los policías luego de un breve vistazo a los documentos—. El propietario de esto denunció su desaparición hace dos días.

—Fui yo —replicó Barney desesperadamente, con la primera

excusa que se lo ocurrió—. Los encontré más tarde…

Una pistola paralizadora se alzó, obligándole a interrumpirse. No le creían. Pero Hunter no estaba dispuesto a permitir que volvieran a encerrarle, por lo que actuó con fulminante rapidez.

Su puño derecho entró en violento contacto con el mentón del que empuñaba el arma y, al mismo tiempo, su mano izquierda hizo presa en la pechera de su uniforme para impedirle alejarse. Un violento empujón, y ambos policías rodaron por tierra confusamente amontonados.

Barney se inclinó para recoger la pistola y en aquel momento sonó un estridente silbido de especial entonación. Una de sus víctimas estaba haciendo sonar la alarma. Voces y carreras llegaron de todas partes. Al parecer el parque estaba casi tomado militarmente por la policía.

Disparó sobre la primera sombra que apareció ante su vista y seguidamente se zambulló en la oscuridad. Tal vez en medio de la confusión…

—¡Cuidado! —chilló la vocecilla de Lionel.

Pero la advertencia no le llegó a tiempo. Su cuerpo entró en colisión con el de otro hombre y los dos cayeron al suelo, emitiendo el otro un grito de sobresalto. Al leve resplandor de las estrellas Barney reconoció las facciones del individuo que le había venido siguiendo desde la taberna; el pobre estaba medio aturdido por el porrazo y apenas lograba defenderse: sus uñas se le hincaron en el rostro y únicamente la máscara del flexible plástico impidió que grabaran profundos surcos en su carne.

Alzó el puño para golpear con saña, pero la voz del otro, una voz muy conocida, le hizo quedar con el brazo en alto:

—¡Bestia! ¿Así me agradeces lo que he hecho por ti?

—¡Fay!

La muchacha iba tan bien disfrazada como él mismo.

—¡Ayúdame a levantar y larguémonos más que de prisa! —pidió ella—. ¿O quieres que nos pesquen como a dos infelices tortolillos?

Trompicando se pusieron ambos en pie. Pero ya era tarde, y la leve demora de su inopinado encuentro había permitido que acudieron otros cuatro o cinco policías. Dos de ellos embistieron a Hunter, desdeñando las armas, quizá confiados en la superioridad numérica; otros dos trataron de apoderarse de Fay Williams.

Todos ellos se llevaron una más que regular sorpresa. Hubiera sido difícil decidir cuál de los dos era más capaz de defenderse en una lucha cuerpo a cuerpo. Hunter dejó gimiendo a uno de sus agresores con un brazo dislocado, mientras el otro perdía de pronto todo interés en la lucha a causa de un hachazo en la nuca. Fay incrustó un codo en el plexo solar de uno de los que le habían correspondido a ella; el hombre se desplomó sin aliento, aunque todavía tuvo ánimos para extraer una pistola y hacer fuego dos veces: la primera derrumbó a la muchacha y su compañero; el segundo disparo fue para Barney, cuyo brazo izquierdo quedó completamente inutilizado.

Llegaban más refuerzos. Hunter acalló el alocado tiroteo de que se le estaba haciendo víctima, mediante un bien dirigido puntapié a la mano del otro. Luego, recogiendo la pistola que perdiera en el choque con la muchacha, salió a toda velocidad pero sin cometer el mismo error de antes. En lugar de ello se sumergió en la espesura.

Lamentaba tener que abandonar a Fay en manos de aquellos sicarios de los «arachnes», pero poca era la ayuda que podía prestarle en aquellos momentos con un brazo colgando inútil, y rodeado por todas partes de enemigos ansiosos de su sangre…

Como una sombra más se refugió entre sus compañeras. Ninguna bestia salvaje hubiera empleado el sigilo que él para alejarse de allí.

* * *

El sargento Spencer era una persona sencilla, convencida de que la máxima aspiración de un hombre consistía en cumplir fielmente sus deberes en la actividad a que hubiera dedicado su vida. Le hubiera gustado tener ascensos, ¿qué duda cabe? Pero no sentía amargura porque no llegaran. Antes estuvo orgulloso de ser una ruedecita insignificante en el formidable engranaje que era el Ejército del Imperio que se denominaba a sí mismo Confederación Galáctica; ahora lo estaba de desempeñar el mismo papel a las órdenes de los «arachnes», dedicándoles toda lealtad de perro que era capaz de desarrollar en su simple cerebro. ¿Por qué aquella devoción a unos seres cuya concepción de la vida era totalmente opuesta a la suya? No se le había ocurrido reflexionar sobre ello, ni, de pensarlo, hubiera llegado a conclusión alguna. Les era leal

porque sí; nada más que por eso.

Le gustaba pasear de noche, luego de las horas de servicio, y ahora estaba dispuesto a darse aquella satisfacción. Su intención no era alejarse mucho: únicamente echar un corto trago de aguardiente vegano en el bar «Los Tres Soles»; por ello encaminó sus pasos hacia allí. Luego daría un pequeño rodeo y una hora después pensaba estar en su alojamiento de la Guardia de Palacio, en los sótanos del edificio del gobierno.

Spencer no tenía más enemigos que cualquier mortal común; por ello no se preocupó de volver la cabeza ni una sola vez, aunque de hacerlo quizá no hubiera logrado distinguir a un hombre que le iba siguiendo entre los centenares de personas que ocupaban la calle. Penetró en el bar, luego que la ridícula muestra luminosa le hubo arrancado una sonrisa como tantas veces: quería representar el sistema de Cástor, pero el artista olvidó agregar un compañero a cada uno de los tres soles que giraban en torno a un centro común, y ni siquiera se había molestado en graduar las distintas magnitudes. Desde luego el movimiento era fascinante para quien lo contemplara por vez primera…, pero risible para el habitual visitante de «Los Tres Soles», que en realidad hubieran debido ser seis para figurar la idea que el propietario tuvo en su mente al hacer el encargo del rótulo.

El local, a aquellas horas, estaba bastante concurrido. No tanto, quizá, como en tiempos normales, pues la proximidad del Palacio Gubernamental alejaba a mucha gente, temerosa de los alborotos que pudieran producirse. Sin embargo era demasiado pronto para que los posibles rebeldes hubieran llegado a organizarse: tres meses de dominación «arachne» sobre un pueblo que durante siglos ignoró lo que fueran revoluciones y guerras internas, con todas sus energías dedicadas a la expansión de la Galaxia, era poco tiempo para que la gente se arrancase de una vida fácil. Esperaba todavía la ayuda del Gobierno central; y si ésta se demoraba…, pues casi daba lo mismo: el invasor se había limitado a establecerse en el sistema de Canopus, empuñar las riendas del mando y dejar las cosas como estaban. Nadie sabía aún sus propósitos a la larga, pero las perspectivas, por los indicios, no parecían demasiado negras.

Spencer buscó su mesa en un rincón protegido en cierto modo de indiscretas miradas por un pequeño seto de vegetación artificial.

Aquél era su sitio predilecto, y los empleados procuraban guardarlo siempre que era posible para que lo ocupara él. Un camarero se le aproximó, atento. Constituía una de las atracciones del lugar que, en parte, se vanagloriaba de su servicio personal por medio de seres humanos en vez de los robots comunes en otros establecimientos; aquello daba cierto sabor exótico e íntimo al propio tiempo, muy del agrado de los habituales.

—Lo de siempre, Karl —ordenó el sargento con brevedad.

—Muy bien, sargento. ¿Qué tal han ido hoy las cosas? —se interesó el hombre. No era una pregunta indiscreta, si se tenía en cuenta que se la venía formulando diariamente desde varios años atrás.

—Como de costumbre —sonrió el militar—. Una guardia aburrida. A última hora nos han traído tres o cuatro individuos sospechosos, pero saldrán en veinticuatro horas.

—Sí, lo mismo que me ocurrió a mí. Hacer cualquier tontería por error, sin intención alguna, y es lógico que traten de averiguar lo que pueda haber en ello; una vez aclarada la verdad te sueltan con la clasificación de «leal».

El camarero se alejó a cumplimentar el encargo, pero, antes de que alcanzara la puertecilla interior, un desconocido le obstruyó el pasó.

—Perdone, amigo. ¿Ha visto por aquí al sargento…? ¡Caramba! Nunca recuerdo su nombre… Me ha dicho que estaría a estas horas.

—¿Spencer? —ofreció voluntariamente el camarero, asociando la graduación militar con la persona a quien acababa de hablar.

—¡Exactamente! —El otro pareció aliviado y giró la vista en torno—. No le veo… ¿Es que no ha llegado todavía?

—Se encuentra detrás de aquel seto, en su mesa preferida. Ahora iba a servirle…

—Tráigame allí un «cocktail» de Gawain, si hace el favor.

—¡No faltaba más, señor! —asintió—. En un minuto.

Barney Hunter, pues él era, se encaminó al lugar indicado.

—Buenas noches, sargento Spencer —saludó afablemente—. ¿Me permite?

Y sin esperar la respuesta del hombre se acomodó en una butaca, frente a Spencer. Éste le miró, frunciendo levemente el ceño.

—No le recuerdo, señor…

—Gunar, Alfred Gunar. Nos encontramos hace algún tiempo a bordo del «Scorpion». En aquella oportunidad yo actuaba como astrogador y usted iba de simple pasajero; si no recuerdo mal su destino era uno de los planetas de Régulo.

—Creo que me confunde con otro, señor Gunar. Yo jamás he embarcado en ninguna nave llamada «Scorpion». Cierto que estuve en Régulo, pero…

—¡Cierto, sargento! —rió Hunter—. Tengo muy mala memoria para los nombres. No puedo recordar en este momento el de esa condenada nave, pero sí que era un aparato de línea dotado de propulsores Kwain. Era casi un viaje de prueba con ellos…

Karl se materializó al lado de la mesa, dejando silenciosamente las bebidas. «Gunar» le tendió un billete de buen tamaño.

—Cóbrese también lo del sargento, por favor.

Éste iba a protestar, pero el desconocido le acalló con un gesto.

—¡Nada de eso, amigo mío! Me va a permitir que le invite por esta vez. En aquel viaje recuerdo muy bien que hizo usted lo mismo varias veces aprovechando mi situación como tripulante que no podía discutir con un pasajero. Ahora se han cambiado las tornas y es usted quien viste uniforme.

—Sigo insistiendo en que sufre un error, señor Gunar. Yo no…

El camarero se alejaba ya. Hunter interrumpió una vez más a su interlocutor.

—Yo estoy convencido de que usted es el sargento Spencer a quien me refiero. Sus facciones, su voz, Su aspecto general, son los mismos. No puede ser coincidencia. Además guardo un recuerdo muy agradable de aquel viaje. Se lo voy a mostrar.

Introdujo la mano en un bolsillo y, sacando un objeto, lo dejó sobre la mesa.

Los ojos de Lionel parecieron aumentar de tamaño hasta dimensiones colosales. El Universo entero quedó abarcado en sus amplísimos límites y para el sargento Spencer no hubo en el mundo otra cosa que aquellos dos globos de cambiantes colores que se le introducían en el cerebro, pareciendo absorberle hasta el último resto de consciencia.

Hunter dejó caer tranquilamente un pequeño comprimido en la bebida del otro, que la apuró de un trago.

—Puedes largarte, Lionel. Cuidado que no te vean.

El «pájaro» se escabulló por entre las falsas plantas, hasta alcanzar una abertura que daba al exterior. Los ojos de Spencer parpadearon aturdidamente.

—¿Qué…, qué…? —balbuceó.

—Nada de particular, amigo mío. Tranquilícese. ¿Qué pensaba hacer a continuación?

—Pasear…

—Yo le acompañaré —en aquel momento se acercaba Karl con el cambio. Hunter le gratificó con una sustanciosa propina, consiguiendo que el hombre casi se quebrara el espinazo a fuerza de reverencias—. Nos vamos ya. El sargento quiere dar su paseo. ¿Vamos, Spencer?

Spencer se puso en pie. Fuera del parpadeo su aspecto era totalmente normal y a nadie llamó la atención. Y menos que a nadie al camarero que acababa de obtener más beneficios que en dos semanas de trabajo.

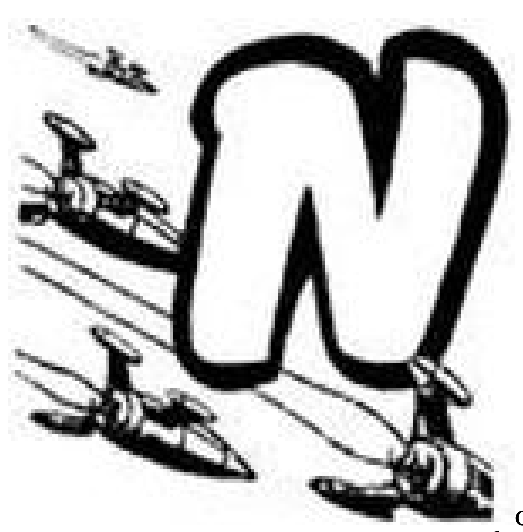
El paseo fue prolongado…, más de lo que había tenido intención el sargento. Además Spencer habló por los codos, contestando con precisión a todas las preguntas de Hunter.

Mucho tiempo después se encontraban en el interior de una pequeña vivienda alquilada dos días antes en las afueras de la ciudad, por cierto señor Chandra. Lo chocante del caso era que el propietario estaba convencido de haberla vendido, y no saldría de su error hasta algún tiempo después: cuando el inquilino hubiera desaparecido sin dejar rastro. Fay Williams ignoraba también este alias de su amigó el misterioso Duncan.

Allí se atareó el ubicuo personaje…

Al cabo, pasada ya la media noche, el sargento Spencer iniciaba el regreso a su alojamiento en el Palacio Gubernamental. Sin embargo, se daba la particularidad de que otro sargento Spencer absolutamente idéntico dormía en el sótano de cierta casita de los arrabales; su sueño era tan profundo que no despertaría hasta diez días después, sin otra noción del tiempo pasado que un hambre canina.

CAPÍTULO V



o tuvo dificultad alguna Barney Hunter en penetrar en el Palacio Gubernamental de Canopus IV bajo la apariencia exterior del sargento Spencer. En la puertecilla de servicio susurró el santo y seña del día, y el soldado de guardia le franqueó el paso.

—Se ha retrasado un poco, sargento. ¿Qué le ha ocurrido?

—Nada de particular. El tiempo es muy bueno y he olvidado el paso de las horas. ¿Hay alguna novedad?

—Ninguna. Creo que hace un rato el capitán Teller ha subido en su busca. Le hemos explicado…

—¿Teller? —Hunter ignoraba quién pudiera ser este capitán. Spencer no lo había nombrado como alguien de sus inmediatos superiores. Supuso que aquella entonación no le comprometía a gran cosa y la pregunta podía interpretarse de muchas maneras.

—Sí —aclaró el soldado—. No sé qué ha podido estar haciendo todo un mes con los «arachnes». Yo le creía muerto ya, o cosa por el

estilo; sin embargo hoy ha asomado como si tal cosa.

—¿Qué quería de mí? ¿Lo sabes?

—No, señor. En realidad no tengo la certeza de que haya preguntado personalmente por usted. Quería ver al sargento encargado de la custodia de los presos entrados hoy.

—Bueno… En mi sitio estaba Guffrey. Hablaré con él. ¿Está todavía en las celdas?

—Sí, señor.

La intención de Hunter había sido, precisamente, entrevistarse con Guffrey, quitarle de en medio en alguna forma y desaparecer con Fay Williams a quien todavía, según las últimas noticias, no habían identificado como mujer. Ahora tenía una excusa para acercarse a su puesto habitual sin que a nadie le extrañara.

Guffrey era un hombre rudo y simpático, cuyos ojos, ligeramente estrábicos, resultaban un poco desconcertantes: uno no sabía nunca cuándo le estaba mirando. Al ver aparecer al que tomó por su compañero, luego que un soldado le hubo franqueado la enrejada puerta que separaba el departamento de celdas del resto del edificio, se puso en pie.

—¡Hola, granuja! ¿A estas horas llegas de dar tu «paseo de unos minutos»?

—Toma, echa un trago —el falso Spencer le tendió un diminuto frasco—. ¿Qué quería Teller? Swen me ha dicho que ha preguntado por mí.

—¡Nada de eso, hombre! —repuso el otro luego de limpiarse los labios con el dorso de la mano. Aceptó un cigarrillo—. Sólo quería llevarse abajo a uno de los detenidos de esta tarde. ¡Por cierto, que ha resultado ser una mujer!

—¿Cuál de ellos? —inquirió Barney fingiendo sorpresa.

—Ése que han cogido en el parque. Por cierto que es un verdadero monumento. Una morena…

—¿Morena? —Fay era rubia.

—¿De qué te extrañas? ¿No has visto ninguna chica con el pelo negro?

—No me extraño. Es que siento debilidad por ese color —enmendó—. ¿Dónde está?

—Abajo, como te he dicho, al igual que todos. Lo que no me explico es la prisa. ¡Ni siquiera han querido esperar a mañana!

—Me voy a dormir, chico —dijo Hunter, fingiendo indiferencia —. Ese condenado de Swen me ha dado un susto, pero mañana me las pagará. ¡Buenas noches!

—… noches —repuso el otro.

Se hubiera asombrado un poco de ver que su «compañero» no parecía tener mucha prisa en cumplir lo que dijera. En vez de dirigirse a los alojamientos de la tropa en el sótano se encaminó a la puerta de comunicación interna con el resto del edificio. El soldado que montaba la guardia allí no le opuso la menor dificultad.

—¿A dónde va, sargento?

—No tengo sueño. No sé qué diablos de bebida me han dado en «Los Tres Soles» que se me han quedado los ojos más abiertos que los de una lechuza. ¿Hace mucho rato que han relevado a la guardia en el departamento de los «arachnes»?

—A la hora de costumbre, señor: hace… —consultó su reloj—… media hora.

—Voy a darles un vistazo.

A partir de este momento pareció volverse invisible…, un fantasma que vagaba por distintos departamentos. En un pequeño cubículo, desde donde se controlaba a distancia la entrada a las cámaras donde habitaban los «arachnes», un hombre se quedó dormido de pronto. Una mano misteriosa movió ciertas palancas y resortes. Luego el intruso fue aproximándose al lugar prohibido, donde nadie entraba si no era especialmente requerido para ello. A sus espaldas iban quedando hombres inconscientes que no habían llegado a ver a la persona que les dejaba en tal estado.

Finalmente se encontró ante la pesada puerta del misterioso recinto que servía de morada a los nuevos amos del sistema. ¿Qué habría detrás de ella?

La maniobra que realizara en el cuarto de control le permitió abrir sin dificultad alguna. Cerró cuidadosamente tras de sí y se encontró al principio de un pasillo que descendía en leve rampa.

—Veamos cómo te portas, Lionel —murmuró.

El «pájaro» asomó la diminuta cabeza, yendo a posarse de un salto sobre su hombro.

—Eres un loco —dijo—. No saldremos de aquí con vida.

—¿Tienes miedo a estas alturas? —replicó Hunter con sorna.

Sin contestar, Lionel emprendió un rápido vuelo, mientras

Barney le seguía más despacio. Momentos después se detenían ante otra puerta acorazada…, que cerraba desde dentro.

Hunter la examinó desde todos los ángulos.

—No parecen tener mucha fantasía…, o no han adaptado aún su propio sistema de cerraduras.

En los pocos días que llevaba en Canopus había logrado reunir un formidable equipo, perfectamente disimulado bajo sus ropas. Parte de él lo había extraído Lionel de la «Alden» y el resto se lo agenció él por sus propios medios. Ahora extrajo una especie de estetoscopio que adhirió a determinado lugar, aplicándose el otro extremo a los oídos; unos cables y algunos otros adminículos le permitieron establecer una corriente a través de la en apariencia insalvable barrera, y en pocos minutos, como al conjuro de algún mágico «Sésamo, ábrete», se encontraba al otro lado.

Ahora llegaba el momento más peligroso. Apenas tenía siquiera una idea de la apariencia exterior de los «arachnes», de su comportamiento, ni de casi nada relacionado con ellos. Sin embargo no era cosa de echarse atrás: ya lo averiguaría. El sótano aquel no era muy grande, a juzgar por lo que llevaba visto, teniendo en cuenta que los alojamientos de la tropa, calabozos y demás departamentos ocupaban una gran proporción de la superficie del Palacio Gubernamental.

Una vez más Lionel se desplazó formando una especie de vanguardia en aquellos corredores en penumbra, valiéndose de su diminuto tamaño que casi le convertía en invisible.

Aquello era un verdadero laberinto y solamente gracias a su casi sobrehumano sentido de la orientación podía Hunter tener una idea del camino recorrido a los cinco minutos de cauteloso caminar. Poco después descubría que el lugar estaba dividido en varios niveles de bajo techo, por los que tenía que caminar levemente inclinado para no tocar la parte superior con la cabeza. La atmósfera que se respiraba allí era húmeda y corrupta; a un lado y otro se abrían oscuros nichos de poca profundidad… completamente vacíos. Barney enfocó una diminuta linterna en algunos de ellos comprobando que no había nada; pero de pronto se encontró en un pasadizo en el que sólo había desocupados dos de ellos: el tercero tenía la entrada cubierta por un material que, al pronto, le pareció plástico; al tocarlo se le adhirieron levemente las

manos, haciéndole sentir una incomprensible sensación de náusea.

—¿Qué crees que será, Lionel? —inquirió en voz bajísima. Su pequeño compañero estaba a su lado informándole de que, en adelante, todos los nichos estaban tapados en igual forma.

—Dudo que lo averigües sin pasar al otro lado —repuso éste. Y nuevamente se alejó en misión de vigilancia.

Hunter no necesitó cavilar mucho para comprender lo acertado de la sugerencia de Lionel. De debajo de sus ropas extrajo una especie de afilado escalpelo y, valiéndose de él, procedió a desprender aquella viscosa materia en los lugares donde se unía a la boca del nicho. En pocos momentos había practicado una abertura suficiente para atisbar en la negrura interior.

Un bulto, una especie de saco de la misma materia que acababa de destrozar, lo ocupaba en gran parte. Sin pensarlo un solo segundo hizo funcionar nuevamente el escalpelo y seccionó una porción del extremo más próximo.

Lo que apareció ante su vista le hizo retroceder, casi obligándole a lanzar un grito horrorizado. La linterna tembló ligeramente en su mano, pero logró, con un formidable esfuerzo de voluntad, mantenerla enfocada en «aquello». Era una cabeza…, pero una cabeza monstruosa, de insecto, con dos enormes ojos de múltiples facetas que parecían arder bajo la luz, mirándole fijamente con fuerza casi hipnótica. Encima de los ojos arrancaban dos velludas antenas, gruesas como bastones, pero cuya longitud no podía calcularse porque permanecían como pegadas a la parte superior de la cabeza, perdiéndose a continuación bajó el resto de la cubierta que envolvía el resto de su cuerpo. Su único movimiento perceptible era un convulsivo temblar de los quelíceros, provistos de formidables aguijones, que se abrían a ambos lados de la boca.

Hunter no supo nunca el tiempo que permaneció mirando a aquella «cosa» terrible…, y lo que la acompañaba. Tal vez fuera imaginación suya, pero súbitamente le pareció escuchar un leve lamento de agudos tonos. Los candentes ojos comenzaron a perder rápidamente su brillo y al cabo de algunos instantes eran opacos por completo; incluso cesó el movimiento de las pseudo-mandíbulas. Aquel ser estaba muerto, probablemente a causa de la luz a que tanto temían sus congéneres según le dijera Fay el día de su encuentro.

Pues Barney Hunter no tenía la menor duda de que acababa de ver a uno de los famosos «arachnes» dueños de este sistema.

Aproximándose tendió la mano, no sin cierto recelo, hacia el objeto que acompañaba al difunto «arachne» en su envoltura. Sin embargo sólo se entretuvo un momento. Le hubiera gustado rasgar por completo el «saco», pero el tiempo apremiaba y Fay Williams se encontraba en manos de aquellos diabólicos seres…, y ahora que tenía una leve idea de para qué la necesitaban, su prisa por buscarla era más apremiante que nunca.

Profundamente impresionado, continuó adelante. La especie de tabique que cerraba las aberturas iba siendo más duro y consistente según se adentraba en el pasadizo, lo que le hizo suponer que también era más antiguo. Aquello fraguaba como el cemento. En uno de los últimos le fue imposible introducir la hoja de acero cuando lo intentó experimentalmente. Le hubiera gustado ver hasta dónde y en qué sentido se desarrollaba la metamórfosis de aquellos seres que, al parecer, se comportaban como verdaderos insectos en su ciclo vital.

—¡Sargento! —le increpó súbitamente una voz desconocida.

Se volvió con rapidez. Una pequeña puerta se había abierto a sus espaldas, y un hombre con uniforme de capitán, con una pistola desintegradora en la mano, le apuntaba fríamente. Una mano helada pareció recorrer la espina dorsal de Hunter.

Sin embargo era demasiada su veteranía en situaciones de peligro para perder la cabeza. Con bien fingida mezcla de sobresalto y humildad, habló con la voz del sargento Spencer:

—¡Perdón, capitán! Estaba realizando una inspección y he visto la puerta abierta. Creí que ocurría algo, y…

—¡La puerta no estaba abierta, sargento! —replicó el otro, interrumpiéndole—. ¡Jamás lo está!

—Yo he podido entrar, señor…

El capitán, probablemente Teller por lo que Hunter sabía, le hizo un gesto con la pistola.

—Eso lo aclararemos inmediatamente. ¡Entre aquí!

Se hizo atrás, retrocediendo según Hunter avanzaba. La abertura carecía incluso de aquella luz difusa que reinaba en los corredores, y el intruso le perdió de vista en el acto. Pero no ignoraba que el otro lo veía a la perfección, enmarcado contra la penumbra.

Obedeció, pues, y porque no le quedaba otro remedio. Cuando estuvo dentro, la puerta se cerró y automáticamente se hizo una brillante claridad. Hunter parpadeó deslumbrado.

—Bien —le llegó la voz del otro. Estaba en pie al fondo de la pequeña estancia, y la pistola no se separaba un milímetro del pecho del que él creía sargento—. Empiece a explicarse.

—Ya se lo he dicho, señor, La puerta…

—¡No mienta! ¿Por qué ha entrado aquí? ¡Usted sabe perfectamente que está prohibido, salvo que se le ordene lo contrario! ¡Usted es físicamente incapaz de intentarlo siquiera…!

¿Se cortó en seco? Estaba dejándose llevar por la cólera y diciendo cosas que no debía. Hunter sonrió interiormente. ¡De modo que este capitán Teller, o como diablos se llamara, era un verdadero renegado, y no una marioneta, un muñeco sin voluntad propia como el infeliz Spencer! ¿Cuántos habrían en tales condiciones, y cómo descubrirlos?

Hasta segundos antes había creído que los «arachnes» no contaban con simpatizantes genuinos entre los humanos, sino únicamente con colaboradores forzados artificialmente a una lealtad que de un modo natural no hubieran sido capaces de sentir. Ahora veía que estaba equivocado…, ¿o no era así? ¿Se trataría de algo mucho más profundo, que en estos momentos no alcanzaba a comprender?

—¿Qué ocurre, Teller? —intervino una nueva voz. Hunter giró la vista.

Había aparecido un nuevo personaje. Éste iba vestido de paisano y sus nobles facciones hicieron resonar un timbre de atención en las profundidades del cerebro de Hunter: ¡Era, nada menos, que el Gobernador General de Canopus! ¡El mismo Jan Morrison en persona!

Se sintió apabullado. La lucha comenzaba a parecer algo tremendamente desigual. Mientras creyó enfrentarse únicamente a unos seres-insectos y sus esclavos humanos no le asustó, pues apenas contaban más que aquéllos; pero ahora…, ¡el propio Delegado Galáctico se había pasado al enemigo!

—No lo sé muy bien —repuso el capitán—. Este hombre ha aparecido aquí…

Hunter actuó como una centella, aprovechando que el otro,

desviaba ligeramente la vista hacia el Gobernador. Sus pies le llevaron sobre él con formidable impulso al tiempo que tendía la mano izquierda para desviar el arma de Teller. El choque fue terrible. Tomado completamente por sorpresa, el capitán retrocedió y su cráneo resonó con seco golpe contra el pétreo muro que tenía detrás. La pistola emitió un chasquido, pero la descarga se limitó a pasar rozando el brazo de Hunter y descargar de lleno contra una de las paredes, en la que se abrió un buen boquete.

El pensamiento de que lo mismo podía haberle ocurrido a su cuerpo hizo brotar un sudor frío por todos los poros de Hunter cuando daba la vuelta para encararse con Morrison. Ambos tenían sendas armas empuñadas, pero el aventurero fue mucho más rápido en accionar el gatillo que el político, poco acostumbrado a la lucha física. La descarga paralizante se estrelló en el pecho de Morrison haciéndole derrumbarse pesadamente.

Hunter examinó a sus dos vencidos enemigos. Ambos estaban muertos. De Teller no era demasiado extraño, puesto que tenía el cráneo destrozado por el golpe; pero que una simple descarga paralizante hubiera afectado los nervios involuntarios del corazón del Gobernador hasta hacer que éste dejara de funcionar… Solían darse casos, pero muy raramente.

—Buen arsenal —murmuró mientras recogía las pistolas de los otros.

Vaciló unos momentos, indeciso entre continuar la exploración por los pasadizos exteriores o introducirse por la puerta que diera acceso a Morrison. Al fin le decidió el recuerdo de Lionel, que continuaba allí fuera.

Volvió a abrir y nuevamente se apagaron las luces. Con toda seguridad se trataba de una protección para las larvas, que no podían tolerar una luminosidad demasiado intensa.

Pero apenas había iniciado la salida, Lionel estuvo posado sobre su hombro.

—¿Dónde te has metido? —susurró el «pájaro» en tono ansioso.

—Divirtiéndome por mi cuenta —repuso festivamente—. ¿Has encontrado algo?

—Nada —fue la contestación—. ¿Y tú?

—No lo sé, pues no he mirado. ¿Todo son nichos?

—Unos llenos y otros vacíos, pero no hay otra cosa.

—Entonces miraremos aquí. Fay tiene que estar por algún lado de esta madriguera.

Resultaba un alivio encontrarse en un lugar bien iluminado, y no tardaron en empezar a descubrir cosas. Al otro lado de la puerta por donde había aparecido Morrison se extendía una enorme estancia… casi vacía en su totalidad. Sólo una máquina de buenas proporciones y utilidad ignorada para Hunter ocupaba un rincón. Al parecer el resto del espacio se dedicaba a la instalación de otros aparatos que los «arachnes» no habían tenido tiempo de montar todavía. Varias cajas de gran tamaño pulcramente alineadas a lo largo de las paredes, avalaban esta idea.

—Yo no sé de qué se trata, pero supongo que si le sacamos las tripas a ese armatoste, los «arachnes» no nos lo agradecerán, precisamente —murmuró Hunter.

Apenas había terminado de hablar ya estaba intentando averiguar la forma de causar el máximo daño. Fue más fácil de lo que imaginaba, pues le bastó dejar caer una barra metálica sobre los cables que alimentaban de electricidad al «armatoste» para que se produjera un formidable chispazo. Las luces se extinguieron, claro indicio de que la fuente de energía era la misma y el cortocircuito había causado una buena avería.

—Lo arreglarán en un momento y no habrás conseguido nada —hizo notar Lionel.

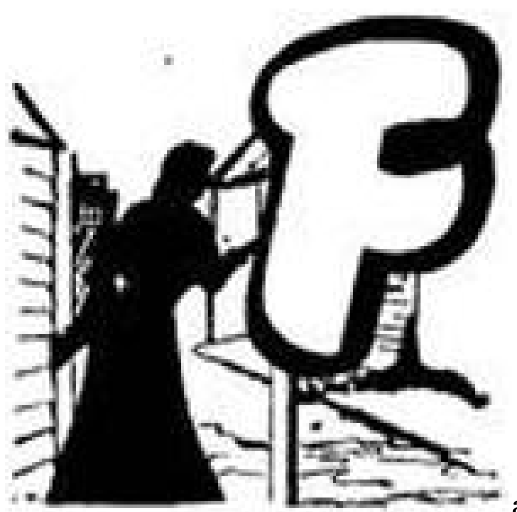
—Me crees tonto, ¿verdad? Espera un poco.

Valiéndose de su linterna para ver, introdujo un pequeño paquete en las entrañas de la máquina, luego de agregarle unos delgados cables eléctricos que conectó en determinados lugares. No conocía el funcionamiento del aparato, pero sí sabía lo bastante de electricidad para instalar una bomba térmica capaz de generar el suficiente calor para derretir por completo cuando se encontrara en un radio de dos metros apenas intentaran volver a poner aquello en marcha.

Momentos después se hallaba ante una puerta que podía abrirse con facilidad al quedar inutilizada la cerradura por la falta de corriente. Introdujo el delgado haz luminoso de su linterna…, y se quedó paralizado por el espectáculo que se ofrecía ante sus ojos.

Lionel lanzó un chillido de inenarrable terror.

CAPÍTULO VI



ay estaba allí, desde luego…, lo mismo que dos hombres a quienes Hunter no conocía en absoluto. Y con ellos estaban tres de aquellos repugnantes «arachnes».

Hunter se entretuvo únicamente un segundo en dar un vistazo a los seres que se habían adueñado de una parte de los dominios del Hombre. Vio aquellas cabezas que ya conocía, pegadas sin solución de continuidad a un cuerpo oval, semiaplastado, cubierto de un corto y áspero vello, lo mismo que los cuatro pares de patas. Eran verdaderas arañas de un color blanco sucio…, pero enormes. Su peso, a juzgar por el volumen, no sería inferior al de un hombre corriente.

Estos tres estaban iniciando la primera fase de su metamorfosis para convertirse en imagos. Hunter no tenía la menor idea de la forma y proporciones que alcanzaban con ello, pero sí estaba seguro de una cosa: si dependía de él, los que tenía ante sí no pasarían del

estado de larva conocido por «arachne»».

Cada uno de ellos tenía abrazado a un ser humano con sus ocho patas. Unos y otros estaban completamente inmóviles, como muertos, y alrededor de cada grupo comenzaba a tenderse una especie de velo formado por finísimos hilos. Todavía eran visibles por completo, pero a Hunter no le quedaba la menor duda de que más adelante aquel velo acabaría por convertirse en el «saco» que viera poco antes en el nicho donde la luz de su linterna había matado a un «arachne» que también tenía como compañero a un hombre…, muerto al mismo tiempo que la larva.

Por ello Hunter sabía que tanto Fay como los demás conservaban, pese a su apariencia, un resto de vida. El problema estaba en averiguar la forma de matar a los «arachnes», o al menos separarlos de sus víctimas, sin perjudicar a éstas.

La luz de su linterna se encontró en la ninfa que retenía a Fay. Los ojos de aquel ser no reflejaban la luz de la misma forma que el que muriera en el nicho, pero tampoco estaban lo bastante apagados para temer que estuviera muerto; los quelíceros estaban inmóviles en absoluto. Ello le hizo suponer que le ocurría algo anormal.

Una vez más esgrimió el escalpelo, cortando la tenue red que envolvía al «arachne» y su víctima. El monstruo de otros mundos no hizo movimiento alguno, ni tampoco Fay; pero el pecho de la muchacha y el abdomen del «arachne» se movían rítmica, aunque lentamente, demostrando que respiraban. De un empujón Hunter volcó a la bestia, preparado a aniquilarla con un desintegrador a la menor señal de amenaza.

Nada todavía. El «arachne» permaneció rígido como si se hubiera convertido en una estatua de piedra; en cambio Fay, perdido el contacto con la repugnante larva, lanzó un profundo suspiro y sus ojos aletearen levemente como intentando abrirse.

Hunter respiró aliviado y descargó el desintegrador sobre la bestia octópoda. A continuación liberó a los dos desconocidos, mientras Lionel le apremiaba para que se apresurase: la avería en el suministro eléctrico debía haber causado ya la correspondiente alarma y sin duda, a no tardar, aparecerían más de aquéllos «arachnes» que tal vez no fueran tan inofensivos como los que habían tratado hasta ahora.

—¡Cállate, ave de mal agüero! —rezongó Hunter—. Vigila para que no nos cacen desprevenidos, y deja lo demás de mi cuenta.

Lionel obedeció ofendido; Hunter reintegró su atención a la muchacha, tratando por todos los medios de reanimarla, pera no consiguió en cinco minutos otra cosa que aquel torpe movimiento de párpados. ¡Y el tiempo apremiaba!

—¡Fay! —llamó, desesperado—. ¡Abre los ojos! ¡Mírame!

Y con gran sorpresa por su parte, la chica obedeció, clavando en él la mirada.

—¿Puedes oírme?

—Sí —repuso ella con voz inexpresiva.

—¿Eres capaz de levantarte ahora?

—Sí —repitió, pero sin hacer el menor movimiento.

—¡Ponte en pie! —ordenó él secamente, algo exasperado.

Su asombro fue mayúsculo al ver que Fay se levantaba con lentos pero seguros movimientos, quedando con los brazos caídos y el rostro completamente rígido.

—Sufre una especie de hipnosis —medió Lionel, como «persona» práctica en tales cuestiones—. Obedecerá todo lo que le ordenes, pero sin darse cuenta de lo que hace.

—¡Pues no podemos esperar aquí hasta que despierte! ¡Tendremos que llevárnosla en ese estado!

En breves segundos había formado en línea a las tres rígidas figuras que eran Fay y sus dos compañeros; una breve orden los puso en movimiento, siguiéndole a él.

Hunter, cumplido su objetivo de liberar a la muchacha, no tenía el menor deseo de entretenerse en buscar pelea con los «arachnes» o sus acólitos. Además los tres autómatas humanos que llevaba poco menos que a remolque no serían de gran ayuda en caso de un encuentro, y tal vez, en el estado en que se encontraban, pudieran resultar un estorbo.

No tropezaron con obstáculo alguno. Hunter, aprovechando la oportunidad, dejó caer unas cuantas trampas explosivas mientras buscaba la salida. Alguien tropezaría con ellas. Como final conectó una con la formidable puerta acorazada que daba acceso al departamento de los «arachnes», preparándola de forma que hiciera explosión al intentar abrirla.

Fuera reinaba una confusión espantosa. Todo el cuerpo de

guardia del Palacio Gubernamental estaba en pie, y cada hombre actuaba por su cuenta yendo de un lado a otro sin rumbo fijo al parecer. Su situación no le permitía a Hunter hacer preguntas, pero viendo que nadie parecía fijarse demasiado en él y sus acompañantes, perdió algo de la prudencia para buscar la salida más rápida.

Inopinadamente se le cruzó por delante el sargento Guffrey.

—¿De dónde sales, Spencer? —inquirió. «Spencer» empuñó disimuladamente el paralizador, preparado a utilizarlo—. Te hemos estado buscando por todas partes. ¿Quiénes son ésos?

—Tres amigos que trato de poner en seguridad —repuso, ignorando si hacía bien o mal—. ¿Qué es todo este bullicio?

—Nadie lo sabe. De pronto nos hemos encontrado haciendo cosas que no recordábamos haber empezado. Yo estaba de guardia en las celdas, y lo único que recuerdo es que se había anunciado la presencia de naves extrañas en el sistema… ¡Pero si tú lo sabes tan bien como yo! Nos encontramos en estado de alarma.

—Sí, bien, de acuerdo. Sin embargo no creo que eso sea motivo para andar como gallinas asustadas. ¿Qué órdenes ha dado el mando?

—¡Ésa es la cuestión! ¡De teniente para arriba no logramos encontrar a ninguno! Pero… ¿de dónde vienes que pareces no saber nada?

—Sé más de lo que te figuras, compañero. Ven con nosotros y te enterarás de muchas cosas.

—Pero… —vaciló el otro.

No acababa de decidirse a abandonar lo que consideraba su puesto de combate.

—¡No seas idiota! Esto está todo desorganizado, y la única posibilidad que tenemos de hacer algo positivo es unir nuestros esfuerzos. Ven conmigo. Sólo es cuestión de una hora, y luego puedes volver si se te antoja.

Acababa de ocurrírsele algo fantástico, una idea basada en el actual cambio de circunstancias…, y tal vez pudiera aprovecharlas en su beneficio.

Guffrey vacilaba todavía. Por fin, con un encogimiento de hombros cedió.

—De acuerdo. Vamos allá.

—Vigílame a estos tres —recomendó Hunter—. No se encuentran demasiado bien y podrían perdérsenos. Con una voz lograrás que hagan lo que quieras.

Sin más tropiezos ya, salieron al aire libre. Las calles, pese a lo avanzado de la hora, estaban atiborradas de gente excitada sin motivo aparente. Hunter, tal vez la única persona con una idea clara de sus objetivos, condujo a Guffrey y los demás sin la menor vacilación.

Cinco minutos después hubiera sido imposible encontrarles en medio de la desorganización general.

* * *

—¡Pe…, pero…! —El sargento Guffrey hacía saltar sus desorbitados ojos desde el dormido Spencer, que reposaba sobre la cama al otro Spencer, absolutamente idéntico, que le miraba con una sarcástica sonrisa jugueteándole en los labios—. ¿Qué significa esto?

—Cálmese, sargento Guffrey —dijo éste por fin—. No ha bebido usted demasiado ni ve visiones. El verdadero Spencer, el que usted ha conocido siempre, es ese de ahí.

—Entonces ¿quién es usted?

—Lamento no poder decirle sino que soy un enviado del planeta Gawain para tratar de averiguar lo que ocurre por estos barrios.

—¿Viene usted de Gawain…, de la capital galáctica?

—Poco más o menos.

—Pues ya puede empezar a explicarse, porque yo tampoco tengo la menor idea de lo que está pasando.

—Tenga un poco de paciencia. —Hunter se inclinó sobre el dormido Spencer, llevando una jeringuilla hipodérmica en la mano. Con diestros movimientos le aplicó una inyección—. Dentro de unos momentos despertará. Entonces les explicaré todo a los dos, pues sería perder inútilmente el tiempo si tuviera que repetir el relato. Siéntese, y considérese como en su casa.

Miró preocupadamente a Fay Williams y los otros dos hombres que había liberado de los «arachnes»: seguían en la misma situación de pasividad que al principio. Dando media vuelta se introdujo en una habitación vecina.

El hombre que reapareció cinco minutos más tarde no tenía parecido alguno con el sargento Spencer, que comenzaba a dar señales de vida. Guffrey se quedó mirándolo a la espera de que aquel absoluto desconocido revelara los motivos de su hasta ahora ignorada presencia.

—Bien, sargento. Estoy a sus órdenes.

—¿Usted? —se asombró el otro—. ¿Cómo ha logrado transformarse así? A no ser por la voz no le reconocería en forma alguna.

—Se trata de una cuestión sin importancia, amigo mío. Ahora hay asuntos de mucho más interés…, más urgentes. Dígame lo que sepa y yo le supliré el resto…, si está a mi alcance.

Spencer estaba casi por completo repuesto de la anestesia. Ahora medió en la conversación, dirigiéndose a la única persona que conocía: su amigo Guffrey.

—¿Qué pasa, Guffrey? ¿Qué hacemos aquí…, y qué sitio es éste?

—Eso quisiera saber yo —fue la contestación que obtuvo—. Si esperas un poco, tal vez logremos aclarar algo.

—Bien, señor —continuó, dirigiéndose ahora a Hunter—. ¿Qué nombre es el suyo? Usted sabe los nuestros, y es lógico…

—Eso no tiene gran importancia, ni les servirá de nada al saberlo: llámenme Higgins.

Guffrey pareció a punto de objetar algo a aquel seudónimo que le dejaba tan a oscuras como antes. Pero finalmente alzó los hombros con ademán resignado.

—De acuerdo…, Higgins. Empiece a explicarse.

—No puedo garantizarles que lo que voy a decir sea la estricta verdad. Tengo una teoría basada en observaciones y deducciones, pero ninguna base sólida que la confirme. A mi entender, lo ocurrido es lo siguiente.

»Una raza inteligente, cuya existencia nos era desconocida hasta ahora, apareció de pronto en las vecindades de Sol. A causa de su peculiar constitución se ha dado en llamarles los “arachnes”… A propósito, Guffrey: ¿en qué fecha cree que estamos?

—¿Eh? —se asombró el sargento ante la, para él, pregunta sin sentido—. Pues… en el diez de marzo del año doscientos cuarenta y tres.

—¿Tiempo local o galáctico?

—¡Local, naturalmente! Comprenderá que ni los días ni los años son iguales aquí en la Tierra o Gawain…, que tampoco utilizan el calendario galáctico…

—Lo sé, lo sé… —le interrumpió Hunter con gran paciencia—. Sin embargo este último sirve para poner de acuerdo esas diferencias. Y eso es lo que quiero que me diga, para enterarme exactamente de lo que le pregunto.

—Bien, pues… —Guffrey hizo un breve cálculo mental—. Eso es, sí: debe ser, aproximadamente por la primera quincena de octubre del trescientos catorce. Canopus se colonizó mucho después de establecerse la capital galáctica en Gawain, en la región del Hub —aclaró, para explicar la diferencia en años.

—Ya… —Hunter quedó un momento pensativo. Había acertado —. Lamento decirle que está usted en un error, amigo mío.

—¿Error? ¿Quiere decir…? Bueno, puedo haber fallado en un día o dos, pero no lo creo.

—A mí me parece que el que se equivoca es usted, Higgins — medió Spencer, saliendo del mutismo que había guardado hasta ahora.

—¿Lo dice porque sus cálculos concuerdan con los de su colega? No es así la realidad. Nos encontramos a finales de enero del trescientos quince, tiempo galáctico, desde luego.

—¡Imposible! —saltaron los dos sargentos al unísono.

—No; si me dejan que les explique: los «arachnes» son poseedores de una tecnología bastante respetable, quizá más avanzada que la muestra. Al presentarse en todos los sistemas estelares habitados dentro de un radio de cien
años-luz
en torno al sol, lo hicieron simultáneamente; y su primera salida, antes de que pudiera darse la alarma al resto de la Galaxia, fue tender un campo energético de alguna clase más allá de la órbita de los planetas más exteriores, impidiendo la salida de toda clase de radiaciones. Tan efectiva es esta pantalla que ni siquiera la luz puede atravesarla. Con respecto al Universo que les rodea, Sol, Canopus, Aldebarán, Castor, Pólux, Denébola, Achernar, Procyon y un montón de estrellas más han desaparecido por completo desde hace cosa de cuatro meses: la única luz visible es la que emitieron antes de la llegada de los «arachnes», pero a menos de cuatro

meses-luz son invisibles hasta el borde de sus respectivos sistemas planetarios.

»Ignoro lo medios que utilizaron a continuación, pero supongo que poseen un arma capaz de paralizar a voluntad los propulsores de las astronaves dentro de una esfera de un diámetro colosal, o algo por el estilo; también deben poseer un medio de causar una especie de hipnosis colectiva en gran escala… En fin, algo casi increíble, pero ustedes han estado estos cuatro meses sometidos a los "arachnes" y el ejército se ha comportado para con ellos con una lealtad digna de encomio…, hasta esta noche, en que yo creo que he destruido la máquina de dominar voluntades. No acabo de comprender muy bien cómo actuaba más eficazmente sobre ciertas personas: quizá fuera que a algunos los sometían a un tratamiento especial, pues a los paisanos se les veía abúlicos, pero relativamente normales; en cambio ustedes eran voluntariosos hasta la exageración en servirles.

»Pero, en fin, ya aclararemos eso…, si podemos. La situación no está despejada ni mucho menos.

Guffrey y Spencer le miraban semiconvencidos. Recapacitando se percataban de las lagunas existentes en sus recuerdos…, de un vacío que eran incapaces de llenar por más que se esforzaran.

Hunter esperó unos momentos, pero ambos estaban completamente anonadados ante la enorme impresión sufrida con sus revelaciones. Necesitaban recapacitar y decidió dejarles a solas con sus pensamientos.

—Dentro de una hora volveré con ustedes. Ahora voy a ver qué puedo hacer por estos pobres, son una muestra muy débil de la capacidad para el mal que poseen los «arachnes» —se volvió hacia Fay y los otros dos—. ¡Seguidme!

Mudamente, como autómatas, fueron tras él.

* * *

Al cabo de la hora concedida a Spencer y Guffrey para recapacitar, Barney Hunter estaba al borde de la desesperación: había conseguido, tras formidables esfuerzos, saber los nombres de los compañeros de Fay Williams. Se llamaban Carl Tatiev y Samuel Galloy, y eran ciudadanos sin relieve alguno, al parecer. Por lo

demás nada pudo sacar de interés a ninguno de ellos.

Finalmente se decidió por realizar un profundo examen físico a uno de los hombres, descubriendo que presentaba en la base del cuello dos diminutas punciones, una a cada lado, en las que se observaba una pequeña hinchazón. Sabiendo donde buscar encontró en el otro y en Fay idénticas heridas en el mismo sitio. Por tanto aquello podía ser la causa del estado de estupefacción en que se encontraban: una especie de anestesia provocada por inyecciones de alguna materia desconocida.

—¿Qué opinas tú, Lionel? —preguntó a su «socio», que había asistido al examen—. ¿Crees que si les sometemos a una pequeña sesión de hipnosis se les puede perjudicar?

—Probablemente no obtengamos nada de ellos —fue la respuesta—. Quizá sea mejor esperar un poco para ver si sus cuerpos absorben o eliminan lo que llevan en ellos.

—Voy a ultimar con esos de ahí fuera… No te dejes ver por ellos ni por estos de aquí, pues quizá nos convenga que desaparezca el capitán Duncan.

Salió a donde aguardaban ambos sargentos: seguían tan confusos como antes, pero las expresiones de incredulidad habían amainado en sus rostros luego de una hora de acaloradas discusiones. Spencer, necesitando desahogar su irritación sobre algo o alguien, encontró una excusa en el hecho de que Hunter hubiera suplantado su personalidad y le hizo objeto de su cólera.

Apenas lo vio entrar se dirigió hacia él con ostentosos ademanes de indignación.

—¡Oiga! Me ha dicho Guffrey que usted se ha estado haciendo pasar por mí… ¡No me gusta en absoluto! ¿Me oye?

Barney se limitó a sonreírle amistosamente.

—Cuando recapacite un poco comprenderá que gracias a esa pequeña treta mía se encuentran ustedes en mejor situación que antes. ¿Vamos a hablar en serio y hacer planes para desembarazarnos de los «arachnes», o me busco colaboradores por otro lado?

Ambos sargentos convinieron en que lo mejor era ponerse bajo su dirección. Era, tal vez, la única persona en Canopus IV que sabía poco más o menos cómo estaban las circunstancias.

CAPÍTULO VII

anopus, IV no tuvo tiempo para salir de la confusión en que había sumido al planeta la destrucción de la máquina con que los «arachnes» controlaban a aquéllos cuya colaboración activa les interesaba y mantenían en aborregada docilidad al resto.

En las primeras horas de la mañana se materializó sobre el espaciopuerto una formidable nave de guerra con las insignias de la Confederación Galáctica, que bajo la cobertura de otras varias semejantes descendió hasta posarse en medio de las otras naves de guarnición en el planeta. Era tan colosal su tamaño que más de la mitad de su estructura sobresalía sobre las que le rodeaban.

—Un acorazado de la serie «Encéfalo» —murmuró el almirante Phelpe, contemplándolo desde su oficina en el puesto de mando de la base—. Quizá nos traiga una explicación a este misterioso lapso de dos meses que han transcurrido sin que ninguno de nosotros se diera cuenta.

—Dios le oiga, señor —asintió el coronel Boleyn—. Yo, y creo que la mayor parte de los que pisamos este planeta, estamos al borde de la locura.

El acorazado estaba descendiendo un ligero vehículo terrestre que rápidamente se dirigió a la comandancia. A bordo venía un vicealmirante, a juzgar por las insignias que lucía el vehículo.

—Bajemos a recibirle —dijo Phelps.

Hubieran podido ahorrarse el esfuerzo, a juzgar por los resultados. El vicealmirante se apeó ante la entrada, clavó una mirada de superioridad sobre los otros dos sin parecer fijarse en que su graduación era un poco inferior a la de Phelps, y preguntó secamente:

—¿Es usted el comandante de esta guarnición?

—En efecto —repuso el otro sin ocultar la helada entonación de su voz.

Ya se disponía a lanzarle una reprimenda cuando el recién llegado continuó en el mismo tono imperativo:

—Vamos a su oficina. Hemos de hablar.

Phelps no se había tenido nunca por un hombre de débil voluntad, fácilmente atajable por las palabras de un desconocido. Sin embargo, la arrogancia de este vicealmirante, unido al torbellino de confusiones que aturdía su propia mente, le obligó a callar y precederle.

Sentados ambos, con sus respectivos ayudantes, en las cómodas butacas del despacho de Phelps, éste inició una protesta… muy débil:

—¿Qué diablos significa…?

—Soy el vicealmirante Conakry —le interrumpió una vez más el recién llegado—. Usted, según tengo entendido, es el almirante Phelps.

—En, efecto —asintió, perdida ya toda ansia de rebelión.

—Bien, pues. A partir de este momento queda usted relevado de todo mando y a la espera de un nuevo destino. Yo me haré cargo de sus funciones.

Phelps esperaba muchas cosas; estaba dispuesto a no asombrarse de nada que se dijera en esta entrevista. Pero aquel golpe era demasiado rudo e inesperado para su dignidad de militar. Con un hilo de voz inquirió:

—¿Tendría inconveniente en mostrarme la orden? Es la primera noticia que tengo de tal decisión…

—No hay tal orden…, si lo que espera es una emitida desde Gawain. El sistema de Canopus, junto con otros varios de las vecindades, ha roto sus lazos con el Hub: formamos una nueva federación y yo he sido nombrado para hacerme cargo del gobierno local.

—¡Es una traición! —aulló el almirante, incorporándose rojo de cólera.

—Quieto, señor mío —dijo el otro con toda tranquilidad—. Recuerde que mi flota se cierne sobre este espaciopuerto: no nos costaría, nada aniquilar a toda la población. Y conste que yo le sería por completo inútil como rehén: mi vida no tiene valor alguno para mis compañeros…, ni para mí.

Phelps y Boleyn comprendieron que no había nada que hacer sino sacrificarse inútilmente. Y para esto último siempre había tiempo. Vencidos, se pusieron en pie con intención de salir.

—Supongo —dijo el primero— que debemos considerarnos prisioneros.

—Cierto. Pero antes deberán contestar a unas preguntas: por ejemplo, ¿qué ocurrió en el Palacio Presidencial?

—No tengo la menor idea de que ocurriera daño alguno —explicó todo lo que sabía…

—Está bien —concedió Conakry—. Usted, mejor que nadie comprende la inutilidad de la resistencia. Y lo comprenderá mejor si le digo que Canopus está por completo aislado del resto de la Galaxia. Ningún mensaje puede cruzar sus límites; poseemos además un dispositivo que impide a las naves de cualquier clase elevarse más allá de la atmósfera de este planeta. O sea, que negarse a cumplir nuestras órdenes no conduciría sino a un inútil derramamiento de sangre por su parte.

—Aunque no fuera así, me basta con sus acorazados —asintió Phelps—. ¿Qué quiere que haga?

—Emitir una orden a toda la guarnición…

* * *

El sargento Spencer, siguiendo su inveterada costumbre,

abandonó el Palacio Gubernamental al terminar su turno de guardia. Un capitán que tres días antes había sustituido al hasta entonces titular en el mando, correspondió a su saludo con una sonrisa.

—Siento no poder acompañarle hoy a «Los Tres Soles», sargento. Tengo que hacer.

—Lo lamento de veras, señor. ¿Quiere que le traiga una botella de naranjada?

El capitán Wallace no probaba el alcohol en absoluto.

—No, gracias. Regrese pronto.

El sargento Spencer, dijo:

—Así lo haré, señor.

Profundamente aliviado de verse al fin libre de un compañero que no deseaba, Spencer reanudó la marcha. Wallace le había salido al encuentro el primer día, inquiriendo con dureza por el motivo de su marcha: cuando se lo hubo explicado, Spencer creyó que le prohibiría tales escapatorias, pero en lugar de ello se limitó a ofrecerle su compañía, probablemente con intención de cerciorarse de la verdad de sus afirmaciones.

Tal vez ahora, luego de discretas preguntas a Karl y otras indagaciones, había acabado por convencerse de lo inocuo de aquellas visitas a «Los Tres Soles». Higgins estuvo allí las tres noches, pero la presencia del capitán les impidió intercambiar una sola palabra. Por fortuna no habían habido grandes novedades que comunicarle.

Karl, el camarero, salió a recibirle en cuanto le vio aparecer.

—No veo al capitán, señor Spencer. ¿Está disgustado con nosotros?

—Espero que no. Simplemente, no ha podido venir hoy. Tráeme lo de costumbre a mi mesa.

Ahora que los habitantes de Canopus gozaban de libertad para pensar, se les había prohibido tajantemente emitir opiniones respecto a los «arachnes», la administración de los renegados humanos que actuaban en su nombre, e incluso la propia existencia de aquéllos. El nombrarles o insinuar una palabra de descontento suponía una fulminante denuncia por parte de alguno de los muchos espías que rondaban por todas partes, desconocidos para todo el mundo, y que muy bien pedían ser el más íntimo amigo, el

padre o el hermano. A la delación seguía la desaparición en pocas horas, a veces simples minutos, y hasta ahora no se había sabido cosa alguna de las víctimas. Simplemente eran llevadas al espaciopuerto, embarcadas en una nave y… nada más. El más absoluto misterio rodeaba al destino de los desgraciados que osaban manifestar la más leve oposición al «*status* quo» reinante.

Ésta era la causa de que las preguntas y respuestas de rigor entre el sargento y el camarero hubieran sufrido leves variaciones, para adaptarse a las circunstancias: ninguno de los dos deseaba comprobar personalmente adonde iban a parar los presuntos rebeldes.

Spencer fue a sentarse en su mesa tras el seto artificial, que proporcionaba una relativa soledad. Hunter, o Higgins para el sargento, ocupaba un lugar bien a la vista de todo el mundo, pero que daba la casualidad de encontrarse en el lado opuesto del falso muro de verdor y a menos de medio metro de distancia de Spencer. Éste emitió un leve carraspeo al sentarse y procedió a encender un cigarrillo.

Ambas acciones eran la señal de que la costa, estaba despejada.

—Novedades —murmuró Hunter, interrogativamente.

—Pocas. Ya has visto al capitán que venía conmigo estos días. Es nuevo. Han sustituido a todos los oficiales con el pretexto de llevar a los que teníamos antes a guarnecer las nuevas estaciones da vigilancia que se están montando en los límites del sistema. Yo no le creo, pero ésa es la versión oficial.

—¿Por qué no lo crees?

—Porque los que han venido eran más apropiados. Nosotros pertenecemos a las fuerzas de tierra, podríamos decir. Ellos, en cambio, son astronautas puros que siempre han prestado servicio en naves y pequeños satélites-base.

—Comprendo. Eso es el principio del trasiego que os anuncié se realizaría. ¿Tienes alguna idea de cuándo os sacarán a vosotros?

Spencer palideció.

—¿Crees que nos llevarán a… donde sea?

—Seguro. Pero me interesa ir yo también. Mañana estaré aquí. Finge una apremiante necesidad y…

—¿Y si me acompaña el capitán?

—Da lo mismo. Esto interesa hacerlo cuanto antes. Podríamos

aprovechar hoy la oportunidad, pero tengo otras cosas que hacer. ¿Qué sabes de Guffrey?

—Nada que no sepa por mí mismo. Estamos juntos. ¿Y la chica?

Casi bien. Continua un poco torpe, pero ya casi se comporta con normalidad.

—Me alegro.

Hunter se puso en pie lentamente, como quien no tiene prisa alguna; hizo una seña a Karl, quien no había reconocido en él al caballero que algunas noches antes le preguntara por el sargento Spencer, y cuando el hombre se aproximó le tendió un billete para pagar la consumición.

Luego salió a la calle.

Tenía un problema por solventar, como le dijera a Spencer. Consistía en la forma de desembarazarse de Fay Williams y los otros dos sin llegar a ponerles en peligro. La muchacha le causaba alguna preocupación en especial, y no precisamente por aquel motivo: era por la forma en que había llegado a conocerla y las muestras que había dado de actuar con procedimientos semejantes a los suyos propios; además era misteriosa, quizá tanto como él buscaba serlo para ella. Por lo demás la consideraba muy capaz de valerse por sí misma. ¿A santo de qué habría ido a seguirle aquella noche, disfrazada de hombre, para ir a caer tontamente en manos de la policía? Claro que aquello le sirvió de pretexto para invadir el «sancta sanctórum» de los «arachnes» y causarles no poco daño. Pero…

Sacudió la cabeza para desprenderse de aquellos pensamientos. Era inútil hacer cábalas cuando quizá consiguiera averiguarlo todo preguntándole a ella. Con esta idea penetró en la casita de las afueras que le servía de refugio.

Fay disponía de una habitación separada. Sin entretenerse a hablar con los demás llamó a la puerta.

—¡Adelante! —invitó la voz de la muchacha. Pero antes de que tuviera tiempo de abrir fue ella misma quien apareció enmarcada en el quicio—. ¡Hola, señor Higgins! ¿Qué tal le ha ido el paseo?

Hunter captó dos cosas en el acto: un levísimo dejo de ironía al pronunciar el nombre y la seguridad de que ella había estado esperando su visita.

—Bien —repuso con cierta sequedad—. ¿Me ha visto llegar,

asomándose a la ventana? Sabe que…

—Sí, lo sé —en las pocas horas que llevaba sin verla, Fay se había recuperado lo suficiente para mostrarse normal por completo—. Pero tenía interés en hablar con usted, y la impaciencia…

—Ya. Bien, pues; ya estoy aquí. ¿Qué quería de mí, pues?

—No gran cosa. Saber de qué forma he llegado a esta casa.

—Creo que no es la primera vez que se lo digo. La encontré, junto con Tatiev y Galloy, deambulando por los alrededores del Palacio. Su comportamiento me pareció raro, y… los traje conmigo.

—¿No hubiera sido más práctico llevarnos a un médico?

—Tal vez. Pero no se me ocurrió que la cosa fuera tan grave. Además aquella noche la confusión era espantosa.

—Lo aceptaremos —la muchacha se encogió resignadamente de hombros—. En fin de cuentas tengo motivos para estarle agradecida y no me asiste gran derecho a fiscalizar el porqué de sus actos. ¿Puedo preguntarle hasta cuándo vamos a estar aquí?

—¿Se refiere a usted y sus compañeros? Hasta cuando quieran. Precisamente he venido con la idea de decirles que los considero lo suficiente recuperados para salir a la calle.

—Entonces nos iremos en seguida. Al menos yo.

—¿A hora tan avanzada de la noche? Podrían esperar hasta la mañana…

—Tengo mi casa, señor… Higgins. Le agradezco su interés y lo mucho que ha hecho por mí, pero…

—Comprendo. No quiere tener impaciente a la familia más tiempo del imprescindible.

—¿Familia? —Fay se mostró sorprendida; pero reaccionó en el acto—. Sí, eso es. Mis…, mis hermanos…

—Muy bien, señorita Williams. —Hunter venía dando aquel nombre a la muchacha, por ser el que ella utilizaba antes. Estaba completamente seguro de que no era el suyo, y ahora lamentó un poco no haberse aprovechado de los efectos de la droga de los «arachnes» para arrancarle el verdadero al igual que hizo con Galloy y Tatiev—. Cuando guste…

Lo último que vio de Fay fue la encantadora sonrisa de despedida de sus labios cuando cinco minutos después salía a la calle en compañía de sus ex colegas de cautiverio.

Con un suspiro de alivio regresó al interior de la casa, Lionel

había salido de su escondite y la estaba esperando.

—De acuerdo —observó el «pájaro»—. Ya te has deshecho de ellos. ¿Qué piensas hacer ahora?

—Varias cosas. Por lo pronto tú vas a desalojar también esta casa, Dirígete al «Alden» y tenlo preparado para salir. No creo que hayan estropeado cosa alguna de modo irreparable, y probablemente los «arachnes» no saben siquiera de quién es, o al menos no nos buscan.

—Eso no es contestar a mi pregunta —rebatió el otro—. Te has limitado a decirme «lo que he de hacer yo».

—Pienso dirigirme al escondite de los «arachnes» y terminar con ellos de una vez.

—¿Sabes dónde está?

—Sé que no se encuentra en Canopus IV. Ya es algo.

—¡Espléndido! —Aplaudió Lionel con hiriente ironía—. Has averiguado dónde «no buscar». El que el resto del Universo conocido mida algunos millones de
años-luz
de diámetro no tiene verdadera importancia. Siempre se ha dicho que el mundo es un pañuelo.

—Tengo una idea que puede dar resultado. —Hunter seguía con sus reticencias.

—¡Está bien, está bien! —El otro renunció a saber más sobre este aspecto de la cuestión—. Y ¿cómo piensas desembarazarte de todos ellos cuando empiezas por no saber si son tres individuos o trescientos millones?

—Su número no debe ser muy elevado, según mis cálculos. De otra forma habrían tomado esto militarmente, y no lo han hecho sino en pequeña escala.

Convencido de que la insistencia no le iba a llevar a ningún lado, Lionel no hizo más por saber los planes de su amigo.

* * *

En una cosa se había equivocado Barney Hunter: alguien tenía interés en saber del comerciante Duncan.

Ello se demostró cuando un hombrecillo insignificante, que no perdía detalle de lo que ocurría a su alrededor pese a su aire

distraído, se personó en el espaciopuerto, aproximándose tanto como permitían los sistemas de vigilancia militar. Al parecer su único objetivo consistía en comprobar si el «Alden» seguía allí, pues apenas se hubo asegurado de esto se alejó con su lento caminar de desocupado.

Más tarde fue un muchacho joven quien mantuvo bajo observación la casa de Hunter, cerciorándose de que había alguien en ella. Cuando Barney, convenientemente disfrazado, salió para dirigirse a la cita con el sargento Spencer en «Los Tres Soles», un hombre equipado con no demasiado buenas ropas salió en su seguimiento sin dejarse engañar. El hombre cuya sola mención constituía una pesadilla para los mejores policías de la Galaxia no se percató de esta vigilancia pese a su natural cautela: el otro era también un maestro capaz de medirse con él de igual a igual, según estaba demostrando.

Todavía lo llevaba pegado a sus talones cuando entró en «Los Tres Soles». Sin mirar, aparentemente, a derecha o izquierda, Hunter se encaminó a los lavabos, eligió una de las puertas y se encerró dentro del diminuto camarín.

Un minuto escaso más tarde surgía de allí un hombre que a primera vista hubiera podido ser tomado por el mismo que acababa de entrar. Sin embargo, su seguidor constató con cierto asombro que las ropas, aunque de tonos semejantes, no eran del mismo corte; el cabello era ligeramente más rubio y la nariz más aguileña. Además cojeaba levísimamente al andar, cosa que no hacía Hunter, y tenía un hombro más alto que el otro, aunque no lo bastante para constituir un defecto físico.

Por tanto Hunter seguía allí dentro, recapacitó el mugriento personaje, aunque sin aplicarle un nombre determinado.

Transcurrió un cuarto de hora y la «sombra» de Hunter seguía esperando con paciencia, aunque algo escamado por la tardanza. Sus ojos se desviaban de aquella puerta únicamente para posarse con igual disimulo en el último que saliera. Otros asistentes al local habían entrado y vuelto a asomar, pero Hunter continuaba, al parecer, allí dentro.

Un capitán y un sargento de la guardia del Palacio Presidencial penetraron en «Los Tres Soles», yendo a aposentarse en un lugar algo apartado: eran Wallace y Spencer, que ocupaban el rincón

favorito del segundo.

El sargento no tardó en seguir el mismo camino que Hunter, cosa que no llamó en absoluto la atención de nadie, ni siquiera del que vigilaba a éste; cinco minutos más tarde reapareció Hunter, con gran alivio por parte de quien comenzaba a creerle perdido, y ahora repetía su visita el hombre de la nariz aguileña. Spencer fue a reunirse con el capitán poco después, ¡y el individuo de cuerpo defectuoso no volvió a salir!

Tuvieron que pasar diez buenos minutos antes de que el hombre que siguiera a Hunter hasta «Los Tres Soles» acabara por darse cuenta del cambio de personalidades que se había obrado allí, ante sus mismas narices y las del capitán. Una sardónica sonrisa, no exenta de admiración, retorció los gruesos labios del hombre mal vestido, y sin esperar más pagó su consumición, saliendo a la calle.

Ahora ya no le interesaba seguir a ninguno de los personajes, pues sabía que el falso sargento iba a incorporarle a su «puesto» en la guardia palatina, y el nuevo «Hunter», o Higgins, o Duncan, ocuparía su lugar en sustitución de aquél.

Capítulo VIII



lo largo de su aventurera vida Barney Hunter había tenido oportunidad de desempeñar los más variados papeles; apenas había actividad humana en la Galaxia que le fuera totalmente desconocida. Sin embargo no era lo mismo caracterizarse como determinada persona y sustituirla durante unos momentos u horas que asumir sus deberes para un tiempo indeterminado, que lo mismo podían ser dos días que varios meses, hasta que llegara la oportunidad deseada.

Por fortuna contaba con la complicidad del otro sargento, Guffrey, el amigo de Spencer, que cuidó de disimular sus pequeños deslices e instruirle en cosas tan elementales como el nombre de cada uno de los soldados bajo su mando, el de los oficiales, las obligaciones de un buen suboficial en el desempeño de su cargo…

No era difícil una vez sabido, desde luego, y el nuevo sargento Spencer no llamó la atención con ninguna excentricidad que hubiera podido resultar peligrosa.

Al cabo llegó el día esperado, aunque de momento no pareció sino la orden de realizar una misión rutinaria más. El capitán Wallace, jefe de la guardia del Palacio Gubernamental, le hizo comparecer ante su presencia.

—Prepare un pelotón de diez hombres, sargento —dispuso con brevedad—. Escoltarán un convoy hasta el espaciopuerto.

—¿A qué hora hemos de salir, señor? —inquirió el «sargento» respetuosamente.

—Dentro de veinte minutos. Su misión es de gran responsabilidad, pese a que pudiera parecerle quizá lo contrario: bajo ningún pretexto deben permitir que persona alguna se aproxime siquiera a los dos vehículos que realizarán el transporte.

—Muy bien, señor.

—La orden es de disparar contra todo aquel que pretenda husmear en el cargamento…, y les incluye a ustedes mismos. Hágalo saber así a los hombres que elija. Usted, naturalmente, será responsable de que éste se cumpla a rajatabla.

«Spencer» salió del despacho del oficial de guardia sonriendo interiormente. A él no le acometería la comezón de la curiosidad, pues no le quedaba la menor duda acerca de la clase de carga que escoltaría hasta el astropuerto…, y no tenía el menor interés en volverla a ver.

La forma de las cajas, perfectamente selladas, que se cargaron en las máquinas de transporte le hubiera sacado de dudas, de tener alguna: sus dimensiones eran muy semejantes a las de un ataúd fúnebre, pero con bastante mayor altura de la normal y quizá algo más anchas. Con toda seguridad se trataba de los ocupantes de aquellas pequeñas cámaras que descubriera en las paredes del departamento reservado con anterioridad a los «arachnes» en el Palacio. Por lo visto su incursión les había hecho pensar que la seguridad no era suficiente en aquel lugar y se mudaban a otro.

Cada una de las cajas, Hunter hubiera podido jurarlo, contenía un repulsivo «arachne» estrechamente abrazado a un ser humano, y envueltos ambos en aquella especie de capullo de seda… Se estremeció al pensar que, a no ser por él, quizá en estos momentos Fay Williams ocuparía una de las celdas en tan desagradable compañía.

El capitán, una vez estibadas perfectamente las cajas, le hizo

seña de que ocuparan sus puestos de escolta. Antes de obedecer, el «sargento» se volvió hacia sus soldados para advertirles en voz perfectamente audible para Williams.

—¡Vamos, muchachos! Y ya sabéis las órdenes: bajo ningún pretexto está permitido ver lo que contienen las cajas. Os va en ello la vida…, tanto al que lo haga como al que lo consienta sin dar su merecido al transgresor. ¡Y quiero que regresemos todos aquí!

Se despidió de Guffrey con un gesto. Cinco hombres bajo el mando de un cabo se alojaron en uno de los vehículos. Él, con los otros cinco, subió en otro.

En el acto comenzó a maravillarle aquel lujo de precauciones. ¿Para qué la escolta militar armada, si la puerta que acababa de cerrarse a sus espaldas era de un metal casi indestructible, al igual que todo el resto del vehículo? Caso de producirse un ataque, cosa sumamente improbable ya que no había organización en el planeta capaz de llevarlo a cabo, contaría con armas de gran potencia: y antes de que hubiera desaparecido la coraza, los alojados en ella estarían convertidos en humo.

Se encogió filosóficamente de hombros. Ya lo averiguaría… si llegaba la ocasión.

Un ligero balanceo les indicó que el aparato que ocupaban se había levantado unos centímetros del suelo para iniciar la marcha.

—Sargento… —comenzó uno de los soldados.

—¡Silencio! ¿No sabéis las órdenes? ¡Cada cual a su puesto! —Su voz era más ruda de lo normal…, en beneficio de sus hombres. Tenía la absoluta seguridad de que, no sólo sus palabras, sino hasta el menor de sus movimientos era estrechamente vigilado desde alguna otra parte. La carga era demasiado preciosa para que los «arachnes» corrieran con ella más riesgos de los imprescindibles.

Y por eso resultaba extraño que hubieran encomendado su custodia a hombres que no formaban en el círculo de los invasores.

Torvamente, ofendidos por la sequedad del tono de un superior que siempre solía tomar todo a broma, los soldados se acomodaron ante las pequeñas ventanillas de observación, que les permitían vigilar tanto el frente como los lados y la retaguardia de aquella fortaleza ambulante. Las cajas, fuertemente aseguradas sobre el suelo, se amontonaban dejando pasadizos por los cuatro costados para que pudieran cumplir perfectamente esta misión.

El trayecto no era desmesuradamente largo y los transportes eran muy rápidos. Un cuarto de hora después se detenían junto a la colosal silueta de una astronave que en otros tiempos perteneció a la Armada Galáctica, y Hunter echó pie a tierra apenas se hubo abierto la puerta de descarga.

Un comandante, con el llamativo uniforme de las Fuerzas Espaciales, esperaba allí. El «sargento Spencer» le dio la novedad en el más puro estilo castrense:

—¡A sus órdenes, señor! ¡Sin novedad!

—Está bien, sargento —contestó el otro con gran rigidez—. Haga descender a sus hombres y monten guardia aquí mientras se procede al transbordo de las cajas. Luego las acompañarán a su destino.

—¿Acompañarlas, señor? —se extrañó—. El capitán Wallace me ha dicho…

—Ha habido contraorden, sargento. Limítese a cumplir la que le doy.

—Sí, señor. —Hunter llevó la mano izquierda al fusil iónico que empuñaba con la derecha, al tiempo que sus talones entrechocaban sonoramente.

Se sentía interiormente satisfecho, pese a no ignorar lo peligroso que podía resultar aquel viaje inesperado: quizá en él lograse descubrir algo que lo sacara de la penumbra en que se veía metido. Últimamente la situación se encontraba en algo muy parecido a una pausa por culpa de las endiabladas dificultades que le impedían seguir llevando a cabo la misión encomendada por el general Leahy, y que le valdría un buen puñado de dinero.

—¡Al diablo con el dinero!

En seguida se sorprendió de pensar así. Pero ¿es que, acaso, ya no le interesaba poseer la mayor cantidad posible de aquello que era capaz de proporcionar prácticamente todas las cosas materiales que podían hallarse en el Universo? Se dijo que no; que éste no era el caso. Pero que, probablemente, sin el impulso que ello le daba, hubiera actuado igual con tal de ver expulsados de su mundo a aquellos repelentes seres salidos de nadie sabía dónde. ¡Qué infiernos, uno también poseía el derecho a tener su corazoncito!

Se volvió hacia sus hombres.

—Ya lo habéis oído, muchachos. Bajad de ahí y desplegaos en

semicírculo alrededor de los camiones. Luego nos daremos un viajecito por ahí arriba.

—¡Oiga, sargento! —musitó el cabo Moore, acercándosele—. No me gusta este asunto…

—¿Tienes miedo de que nos asesinen en cualquier asteroide? —replicó Hunter burlonamente—. No te preocupes: mientras nos portemos bien nadie tiene por qué meterse con nosotros.

Sin embargo, él tampoco estaba muy seguro de cómo iba a terminar aquello…, y lo lamentaba por los soldados. Los pobres muchachos no tenían culpa alguna de verse metidos en semejante fregado, y el destino que les aguardaba, si él no lograba impedirlo, no era, precisamente, agradable.

Lo peor del caso era que no tenía la menor idea de cómo iba a arreglárselas, pues ignoraba casi todo acerca de lo que iba a encontrar.

Un enorme portalón de carga, se abrió en uno de los costados del crucero. Por la abertura asomó un largo brazo de cabria y varios tripulantes iniciaron la tarea de cargar las cajas. Realizaban la tarea con un lujo de precauciones que resultaba impresionante, casi como si temieran que el más leve balanceo causara algún daño a su contenido, y la operación les tomó tres veces más tiempo del que normalmente hubieran debido emplear.

Por fin la última de las cajas estuvo debidamente estibada; el comandante dio una seca orden:

—¡Síganme!

Y la patrulla, en impecable formación militar, embarcó. Un minuto después el experimentado Hunter sentía en su cuerpo el levísimo hormigueo indicador de la sustitución del campo gravitatorio del planeta por el artificial creado por la nave, que impediría que sus ocupantes se vieran afectados por cualquier cambio de velocidad o dirección durante la marcha. El crucero se había convertido en un diminuto universo, aislado del resto.

Naturalmente, en aquellas condiciones y sin tener oportunidad alguna de asomarse al exterior, era imposible saber cuándo emprendieron la marcha. Hunter supo únicamente que había transcurrido cosa de tres horas cuando el comandante que, al parecer, estaba encargado de coordinar las acciones de su pelotón, hizo nuevamente acto de presencia en el pequeño departamento

que les habían asignado.

—Terminó su misión, sargento —le dijo—. Pueden dejar las armas aquí mismo. Un ordenanza les acompañará a sus nuevos alojamientos.

—¿No regresamos a Canopus IV, señor? —inquirió Hunter.

—De momento, no. No hay nave alguna que se dirija hacia allí, por ahora. Ya se les avisará cuando llegue la ocasión. En tanto, quedan libres de todo servicio.

Con un encogimiento de hombros, Barney Hunter dejó su fusil iónico. Lamentaba hacer aquello, que equivalía a entregarse inerme…, o casi, en manos del enemigo, aunque aquél «casi» podría suponer una fundamental diferencia: la pequeña pistola que únicamente un registro a fondo sería capaz de descubrir sobre su persona. Los soldados le imitaron.

Un tripulante guió al grupo a lo largo de un pasillo que parecía prolongarse de un extremo a otro del crucero; luego un ascensor los dejó en otro nivel distinto, desde el que pasaron a una esclusa de aire. Estaba abierta y como prolongación de ella se abría un negro túnel que Hunter identificó como un tubo de comunicación entre dos naves ancladas en el espacio, de unos quinientos metros de longitud, y que al otro lado terminaba en otra cámara aislada.

No se encontraron con nadie a todo lo largo del camino; pero en la cámara parecían estar esperándoles. Dos hombres con uniformes de tipo desconocido para Hunter se adelantaron.

—Aquí los tenéis —habló por vez primera el que les sirviera de guía. Y volviendo a Hunter, agregó—: Vayan con ellos, sargento. Les indicarán dónde se encuentran sus cuarteles.

Si enorme era el crucero que los había traído hasta allí, el lugar donde se encontraban ahora tenía unas dimensiones apocalípticas. Tuvieron ocasión de comprobarlo, pues por lo visto allí no se disponía de vehículos que hubieran podido caber a la perfección en los amplios pasadizos y caminaron un trayecto que Hunter calculó no menor de tres kilómetros y bajado por rampas deslizantes quizá dos docenas de niveles. Gente encontraron, desde luego; pero poca y nadie les prestó la menor atención. A un lado y otro se veían puertas, invariablemente cerradas. En algunas de ellas había rótulos escritos en unos caracteres absolutamente indescifrables.

Su guía abrió una de ellas.

—Aquí es —dijo escuetamente.

Entraron. Era una habitación de regulares dimensiones, totalmente desnuda de mobiliario. La puerta se cerró a sus espaldas, mostrándoles solamente su lisa superficie.

—Ya estamos en casa, muchachos —murmuró Hunter burlonamente—. Podéis acomodaros a vuestro gusto.

—¡Nos han encerrado, sargento! —exclamó el cabo Moore, luego de forcejear infructuosamente en la puerta.

—¡Naturalmente! ¿Qué creías, que no iban a dejar sueltos para que husmeáramos por ahí a tontas y a locas? Tomadlo con calma y descansad mientras podáis.

Y, dando el ejemplo, se tumbó sobre el duro suelo metálico.

* * *

Barney Hunter había esperado que transcurrieran quizás algunos días de encierro antes de que nadie fuera en su busca. Pero se equivocó. Dos horas después de su llegada volvía a abrirse la puerta y un capitán vestido con aquel extraño uniforme lanzó una orden al interior de la estancia.

—¡Sargento! ¡Cabo! ¡Vengan conmigo!

—Vamos, Moore.

Esta vez no iban muy lejos. Dos puertas más allá el capitán les hizo pasar a otro local.

Moore se detuvo con una exclamación de asombro, y Hunter le imitó. Pero se vieron imposibilitados de retroceder, pues la puerta se había cerrado a sus espaldas.

—Tómenlo con calma, muchachos —les aconsejó el capitán.

Sobraba la advertencia, pues las pistolas neurónicas que sostenían en sus manos cuatro hombres no dejaban lugar a elección alguna.

Optaron por permanecer quietos, contemplando la fila de hombres tendidos a lo largo del suelo. Todos ellos tenían los brazos pegados al cuerpo, y en aquella posición eran mantenidos por sendas argollas que les sujetaban pecho, muñecas y tobillos. En las mangas de sus uniformes podían verse las sardinetas de cabo, sargento y sargento mayor, salvo en tres de ellos que iban vestidos de paisano.

Bajo la amenaza de las armas se vieron obligados a ocupar el extremo de la hilera. Mientras les sujetaban como a los demás, Moore volvió sus desencajados ojos hacia el que creía sargento Spencer.

—¿Qué van a hacernos, sargento? —murmuró con voz temblorosa.

—No tardarás mucho en saberlo, compañero —repuso éste—. Desde luego puedo asegurarte que no vas a recibir una agradable impresión.

—¿Tienes alguna idea de lo que significa todo esto, Spencer? —quiso saber un sargento mayor, por lo visto conocido del hombre cuya personalidad suplantaba Hunter.

—Sé lo mismo que tú —dijo el aludido, no deseando hacer entrar en sospechas a sus aprehensores—. Pero no creo que falte mucho rato para que nos enteremos. Mi abuela me dijo siempre que, tarde o temprano, se sabe todo.

Y lanzó una irónica risita.

Los que le estaban sujetando se miraron con asombro.

—Tiene valor —observó uno de ellos.

—No le durará mucho —repuso otro. Alzó la vista hacia el capitán—. Ya puede traer a los siguientes, señor.

—Están todos. Los demás son simples soldados y gente sin gran importancia. No corren la prisa que éstos. Vámonos.

Los dejaron solos.

A un extremo de la hilera, un hombre comenzó a forcejear con sus ataduras. Inútilmente, desde luego. Por alguna parte sonó algo semejante a un sollozo. Una voz lanzó una maldición, agregando en tono de reproche:

—¡No lloriquees como un crió, maldita sea! ¿Crees que así vas a solucionar algo?

Las luces se extinguieron de pronto.

—¡Eh! ¿Qué significa esto? ¿También nos van a dejar a oscuras?

—Así el espectáculo será más bonito —ironizó Hunter—. Preparaos, muchachos; no tardará nada en comenzar.

Tenía la seguridad de que la oscuridad no era tan absoluta como lo decían sus sentidos, pero por más que se esforzaba no lograba ver cosa alguna en absoluto. Tenía los oídos tensos, a la espera de un rumor que, estaba seguro, iba a llegar de un momento a otro. Y sus

manos se esforzaban en alcanzar algo que llevaba prevenido para esta ocasión. Retorció el cuerpo: sus dedos tocaron en un bolsillo un objeto plano y cuadrado, pero necesitaba sacarlo un poco y esto resultaba más difícil de lo que había pensado.

Un hombre exclamó con voz temblorosa:

—¡Fijaos en… el techo…!

Todos los ojos se clavaron en el lugar indicado. Cada uno de los cautivos pudo ver directamente encima de él un par de objetos levemente luminosos, que descendían poco a poco.

¡Y la cajita no llegaba a salir!

Hunter sabía lo que era aquello: los «arachnes» se disponían a iniciar aquella especie de hibernación que concluía en una increíble metamorfosis. Y para llevarla a cabo necesitaban el concurso de un ser humano, para el que supondría la muerte.

Los ojos fosforescentes estaban a menos de dos palmos de los suyos propios. Hunter sintió que un sudor frío le empapaba el rostro. Reanudó sus esfuerzos. Algo entró en contacto con sus brazos: las ásperas extremidades del «arachne» que le había escogido como víctima.

Un hombre lanzo una exclamación de susto. Hunter casi podía ver cómo se abrían las horribles mandíbulas en torno a su cuello para incrustarle en ambos lados aquellos formidables aguijones que inyectarían el veneno cuya eficacia había pedido observar en Fay Williams y los otros dos hombres a quienes liberara. Dentro de dos segundos perdería el sentido…, para no recobrarlo más.

En alguna parte de la estancia sonó un breve y agudo grito, semejante al de una rata. Sus vibraciones parecieron atravesar como cuchillos los órganos auditivos de todos los presentes.

CAPÍTULO IX


speró unos instantes Barney Hunter, con todos los nervios tensos como cuerdas de guitarra y los dedos fuertemente cerrados en torno a la cajita que, por fin, había logrado sacar del bolsillo.

El «arachne» que le eligiera como víctima guardaba una absoluta inmovilidad, como si vacilara en darle el golpe de gracia que le sumiría en el olvido…, y la muerte. Hunter suspiró, aliviado, y con una fugaz sonrisa, que a los demás les pasó inadvertida en la oscuridad, susurró hacia su vecino:

—Di a los demás que no tienen por qué preocuparse…, de momento. Los bichos estos se han dormido para un rato.

Se produjo un leve murmullo mientras los presos se comunicaban la grata nueva, acompañada de la advertencia de guardar el máximo silencio posible. Hunter sabía que todos hubieran querido asaetarle a preguntas. Pero no pasaba por alto la posibilidad de que el lugar estuviera plagado de ocultos micrófonos.

Incluso podía haber cámaras de televisión que funcionasen con luz negra. Pero éste era un riesgo que se hacía necesario correr.

Aplicó denodadamente todas sus energías a hacer algo que para otro que no fuera Barney Hunter hubiera resultado imposible. Pero el famoso Harry Houdini, de vivir en aquella época, no hubiera tenido nada que enseñar al aventurero y sí mucho que aprender de él en cuanto a destreza para zafarse de las más complicadas ligaduras. Aun así le costó cerca de media hora, y al acabar tenía todo el cuerpo empapado en sudor; pero había logrado liberarse una mano.

El resto no ofreció tantas dificultades, y en cinco minutos más lograba ponerse en pie. Una diminuta linterna surgió del chaleco interior, donde conservaba su completísimo equipo de emergencia y la pequeña pistola completó la tarea que iniciara la sirena ultrasónica que había dejado paralizados a los «arachnes».

Ya liberados todos sus compañeros, asumió el mando, sin discusión alguna por parte de los otros. Era el único que parecía tener alguna idea de lo que tenía que hacerse.

—¡Diablos, Spencer! —exclamó el sargento mayor, que le conocía—. ¡Ignoraba que fueras un mago!

—No soy Spencer, amigo —aclaró—. Él se ha quedado en Canopus.

—¿Quién eres, pues? ¡Os parecéis como dos gotas de agua!

—No es hora de discutir esos temas, sino de actuar. De un momento a otro pueden venir los amigos de estos bichos —señaló hacia la veintena de «arachnes» que acababa de matar.

—Tú pareces estar enterado. ¿Tienes algún plan?

—Sí, aunque no puedo garantizar su éxito. Lo primero que hemos de hacer es salir de aquí, y proporcionarnos armas. ¿Alguno de vosotros conoce las interioridades de esta nave?

Al parecer todos estaban tan ignorantes al respecto como él mismo. Ninguno llevaba más de dos días a bordo.

Alumbrándose con su linterna, Hunter se aproximó a la puerta de entrada; pero antes de llegar a ella se sintió acometido de una nueva idea y alzó los ojos al techo.

Una fila de aberturas rectangulares indicaban el lugar por donde habían aparecido los ahora muertos «arachnes».

—Vamos a subir por ahí —dispuso—. Tal vez así podamos

escapar con más facilidad que si utilizáramos la puerta.

Tenía aún otra idea en la mente, pero incluso a él le parecía tan descabellada que no osaba comunicarla a sus compañeros.

El cabo Moore trabó los dedos de sus manos para proporcionarle un punto de apoyo. Una vez más Hunter dio muestras de su simiesca actividad al subírsele encima de los hombros sin necesidad de buscar apoyo para las manos; de esta forma su cabeza desaparecía en el interior del negro orificio.

Paseó el estrecho rayo de luz por el nuevo recinto. Era un simple pasadizo bajo y estrecho, cuyo final no lograba alcanzar con la linterna. Terminó de izarse y luego tendió un brazo para sostener el cinturón. Moore estuvo a su lado en dos segundos.

—Ayuda a subir a los demás —susurró Hunter—. No tengo ni idea de lo que encontraremos por aquí, pero, desde luego, seguro que habrá gran cantidad de «arachnes». Con ésos podemos entendernos bien, aunque la oscuridad les favorece. Éstos deben ser sus departamentos, ya que por su forma, no parecen adecuados a los seres humanos.

Un minuto más tarde, bajo la guía de Hunter y cogidos de las manos para no perderse en aquella oscuridad de tinta, reanudaban la marcha.

—¿Qué haremos si nos salen al paso una tropa de esos repugnantes bichos que parecen arañas? —quiso saber Moore—. ¿Cree usted que únicamente con su pistola, y nosotros con las manos, podremos deshacernos de ellos?

—Ningún «arachne» puede llegar a menos de diez metros de nosotros sin quedar paralizado —le tranquilizó Hunter—. Son muy sensibles a los ultrasonidos, según pude comprobar en cierta ocasión, y voy prevenido para ello. Llevo una sirena que no ha cesado de funcionar ni un momento desde que pude ponerla en marcha con el tiempo justo para impedir que se nos merendaran los que hemos dejado allá abajo.

—Entonces… ¡ése fue el chillido como de rata que se oyó!

—Exacto. Mientras se calentaba, el aparato emitió, durante un par de segundos, ondas sónicas en la escala audible… ¡Fíjate en éste!

Su linterna mostró una de aquellas arañas de formidable aspecto y tamaño semejante al de un hombre. Estaba en el suelo, en

posición normal de marcha, pero con los cuatro pares de patas replegados bajo el cuerpo, en igual forma que hacen los insectos al morir. Hunter le lanzó una descarga de su pistola para convertir la parálisis en muerte real.

—Uno menos… —murmuró Moore.

—¡Silencio! —le interrumpió Hunter con un susurro al tiempo que apagaba la linterna.

Quedaron inmóviles, aplastados contra el suelo del bajo pasadizo, que apenas les permitía otra cosa que ir a gatas. A sus oídos llegó un rumor de conversaciones, y por delante pudo verse un leve resplandor que enmarcaba aquella especie de tubo. Un par de segundos más tarde veían pasar, a dos o tres metros de ellos, por un corredor transversal, unas piernas humanas cuyo poseedor empuñaba una potente linterna. Tras el primero iban otros tres hombres.

—¿Cómo cree usted que han podido lograrlo, capitán? —inquirió una voz—. Yo no consigo explicármelo…

Hunter se deslizó rápidamente hacia adelante, asomó a espaldas de los otros, e hizo tres rápidos disparos.

—¡A ellos, muchachos! —ordenó—. Capturadme vivo por lo menos a uno.

Tumultuosamente le siguieron los demás. Cogidos totalmente por sorpresa, dos de sus víctimas se desplomaron sin saber siquiera que se les atacaba. Hunter dio una rápida carrera, cayendo sobre el capitán que les había entregado a la voracidad de los «arachnes».

Lo violento del empujón les hizo rodar a ambos por el suelo; la linterna del capitán salió despedida, destrozándose contra una pared, pero otras dos lámparas tuvieron más suerte y luego de desprenderse de las muertas manos de sus propietarios quedaron alumbrando la escena.

Hunter lanzó un formidable puñetazo a la cara de su adversario, que replicó con igual violencia mientras se esforzaba en extraer la pistola. Era una lucha a muerte y el aventurero no estaba todavía preparado a terminar su carrera, por lo que redobló sus esfuerzos, machacando desconsideradamente el físico del secuaz de los «arachnes».

Era casi increíble la cantidad de castigo que aquel ser era capaz de soportar. Hunter se las vio y deseó para no ser vencido; pese a

que el otro recibía cien veces más castigo que él mismo…, pero los golpes no parecían producirle otro efecto que redoblar sus ansias de lucha.

Al cabo, jadeante por el esfuerzo, Hunter consiguió atenazarle en una dolorosísima presa de «judo», y con ella lo mantuvo inmovilizado hasta que sus compañeros acudieron en su auxilio.

—¿Y…, y los otros? —inquirió.

—Muertos los tres —repuso Moore, que se había convertido implícitamente en su segundo—. A dos de ellos los destrozó usted a tiros, y al otro ha sido preciso romperle el cuello para que dejara de luchar.

—Sujetadme a éste unos momentos. Si impedís que cambie de postura, le será difícil hacer nada.

Fueron necesarios los esfuerzos de tres hombres, pero lo lograron. Hunter echó nuevamente mano a su maravilloso equipo de «trabajo», y en breves segundos le había aplicado a su víctima una poderosa inyección de «suero de la verdad».

Esperó unos momentos a que la droga produjera efecto, y por fin le preguntó:

—¿Me oyes?

—S… sí —balbució el otro.

—¿Contestarás a mis preguntas?

—S… sí —repitió.

Hunter quiso asegurarse de que el otro no fingía.

—¿Dónde están vuestros jefes principales?

—En la sala de control.

Un par de preguntas hábilmente dirigidas le permitieron obtener las suficientes indicaciones para poder hallar lo que buscaba. Se puso en pie.

—Atadle bien —dispuso— y metedle, junto con sus compañeros, en uno de esos túneles bajos. Allí será quizá más difícil que los encuentren pronto.

* * *

—Hemos tenido suerte, dentro de todo —comentó Hunter al reanudar la marcha—. Estos fulanos que hemos sorprendido acababan de darse cuenta de nuestra huida e iban, probablemente,

a dar la alarma.

—De todas formas no tardarán en tener conocimiento de lo ocurrido —repuso un sargento llamado
O'Leary.

—Sí, pero probablemente lo sabrán por nosotros. Siempre es una, ventaja —sonrió el aventurero.

Ahora disponían de más linternas, y cinco de ellos iban armados. No dejaban de ser una fuerza insignificante, pero su potencia ofensiva se había multiplicado un poco.

* * *

El comandante Katov, de servicio en la antecámara real, salió al encuentro del capitán, que penetraba como una tromba en sus dominios.

—¿Qué significa…? —rugió.

—¡Varios presos han escapado, comandante! —le interrumpió el recién llegado—. ¡Es necesario dar la alarma en el acto!

Los cuatro soldados que montaban guardia en el lugar se pusieron en pie de un salto, empuñando sus armas. Katov se dirigió a la puerta que tenía por misión guardar, pero antes de llegar a ella dio media vuelta rápidamente.

—No le reconozco, capitán. ¿Quién es usted?

—Uno de los presos escapados —repuso el aludido con una amable sonrisa.

La pistola que empuñaba hizo fuego en el acto, ante la reacción del comandante, que pretendía extraer la suya. Se produjo una breve batalla en la que rápidamente fueron aniquilados los soldados por los disparos procedentes del oscuro pasadizo por donde acababa de surgir el falso capitán.

Un tropel de hombres irrumpió en el lugar, y varios de los que iban desarmados se apropiaron de los fusiles y pistolas caídos en el suelo. Hunter comenzó a dar rápidas órdenes.

—
¡O'Leary!
¡Tú y otros dos cuidad que no entre aquí nadie, desde ese pasillo! ¡Wells! ¡Escoge cinco hombres y permaneced a la expectativa para ayudarnos a nosotros o a

O’Leary
si es necesario! Los demás preparados para irrumpir en la cámara tan pronto esté abierta la puerta.

Bajo la expectante mirada de sus compañeros comenzó a examinar la entrada a la sala de control, dedicando especial atención al lugar que se dirigía el comandante cuando entró en sospechas sobre su identidad. En un hueco del mamparo metálico había una pequeña palanca y, sin vacilar, la bajó.

Al parecer aquello no causó efecto alguno, pues la puerta siguió inmóvil.

Pero sólo por unos instantes, ya que cuando Hunter se apartaba de allí con intención de probar otro procedimiento, la pesada plancha de metal se alzó con lentitud hasta dejar una abertura poco más que suficiente para permitir el paso a un hombre.

Barney, sin vacilar un segundo, se introdujo por allí seguido de sus hombres.

Se detuvieron en seco, luego de dar los primeros pasos: el recinto estaba totalmente a oscuras, y la luz que entraba por la puerta era insuficiente para permitirles distinguir otra cosa que unos oscuros bultos que rebullían. A espaldas de Hunter sonaron varios disparos mientras se esforzaba por poner en funcionamiento su potente linterna.

Una fuerza invisible le hizo caer de rodillas. Se debatió con todas sus energías para sacudirse la parálisis que amenazaba con dominarle por completo, mientras en su cerebro sonaba una imperiosa orden que se sentía incapaz de desobedecer:

—¡No te muevas! ¡No te muevas!

De súbito funcionó la linterna, y en el acto aquella voz inaudible cesó en sus mandatos. Hunter se encontró mirando a la criatura más espantosa con que jamás se había visto cara a cara.

Era un «arachne», desde luego. Pero de dimensiones descomunales: mediría tal vez tres metros de estatura sobre sus ocho largas y delgadas patas que apenas parecían capaces de sostener aquella mole. Hunter supo que era de ella de donde habían surgido aquellas órdenes que estuvieron a punto de derrotarle, y que nuevamente volvían a fluir, aunque no con tanta potencia: seguramente la luz le producía una molestia física que disminuía el poder de concentración necesario para dominar una mente extraña.

Nuestro hombre hizo un disparo contra los ojos que brillaban a la luz como azuladas gemas. Al mismo tiempo algo chocó con fuerza contra su costado y se encontró luchando desesperadamente con otro «arachne», aunque éste de tamaño normal. Sus compañeros se debatían también, enzarzados en una lucha a muerte con la multitud de colosales arañas que se les habían echado encima.

—¡Encended las linternas! ¡Cegadles con ellas! —pudo gritar mientras intentaba zafarse de los venenosos quelíceros que buscaban su cuerpo.

Con un supremo esfuerzo se quitó de encima al asqueroso ser que le había atacado. Su pistola restalló una y otra vez, manteniendo a raya a sus adversarios; el cabo Moore había logrado liberarse también de momento y hacía lo mismo que él, en tanto que Wells y sus hombres de reserva disparaban a mansalva desde la puerta, contribuyendo al espantoso escándalo que se había organizado.

De pronto salió un disparo desde la parte más lejana de la estancia, y uno de los hombres de Hunter se desplomó sin un quejido. Barney hizo fuego hacia allí y, aunque tuvo la seguridad de haber acertado pese a no ver a su enemigo, obtuvo la inmediata respuesta de cuatro o cinco armas. Arriesgándose a servir de blanco encaró su linterna en aquella dirección, viendo a varios hombres que surgían por una estrecha puertecilla.

Aquél era un enemigo con el que no había contado. Antes de darles tiempo a reponerse de la momentánea ceguera causada por la potente luz de su lámpara, derribó a otros dos, obligando a los demás a retirarse.

El campo de batalla estaba bastante despejado, y sus hombres se las entendían a la perfección con los «arachnes» que quedaban, la mayor parte de los cuales eran de pequeño tamaño y casi inofensivos. Dejando en sus manos la total limpieza de semejantes animales se dedicó a aquellos que se habían ocultado; era un peligro en potencia y estaban acorralados, pues la única salida de este lugar era la puerta por donde había irrumpido él.

Dejando su linterna en un lugar desde el que alumbraba la puertecilla, se deslizó hacia allí con el silencio de un fantasma. Paso a paso fue aproximándose hasta quedar pegado junto al quicio. La linterna hacía resaltar los bultos de los tres hombres que había

cazado poco antes, y calculó el mejor procedimiento para introducirse en la guarida de los otros sin darles tiempo a reponerse de la sorpresa que causaría su aparición.

Tensó todos sus músculos y de un formidable salto pasó al interior del recinto. Por pura casualidad fue a parar sobre un cuerpo humano, que con un gemido de dolor cedió bajo su peso. Ambos rodaron por tierra, golpeándose fieramente y tratando de impedir que el adversario hiciera uso de las armas de que se sabían portadores. Hunter lanzó un violento puñetazo sin afinar demasiado la puntería, su enemigo cesó en la resistencia.

Pero todavía quedaba otro, por lo visto más asustado que otra cosa, pues súbitamente salió de la oscuridad para lanzarse a la carrera en dirección a donde peleaban los compañeros de Barney. Éste asomó, sin atreverse a disparar por si acertaba a alguno de los suyos.

—¡Atrapad a ése! —gritó—. ¡No le dejéis escapar!

Pero, al parecer, nadie esperaba que una figura humana fuese un enemigo, y éste aprovechó la momentánea indecisión para ganar el cuerpo de guardia exterior y perderse en el dédalo de pasadizos que servían de madrigueras a los «arachnes», temerosos de la luz. Un par de disparos realizados por los hombres de
O'Leary
no lograron detenerle en su huida.

—¡Pronto! —ordenó Hunter—. ¡Todos aquí dentro y a defender esa entrada! ¡Dentro de un minuto vendrán a centenares!

Su linterna recorrió la carnicería ocasionada allí dentro. Cuatro de sus hombres habían pagado con la vida la conquista de la cámara real, y el suelo estaba literalmente cubierto de «arachnes». A un lado se veía una compuerta de poco más de un metro de altura, y Hunter supuso que era un acceso a los túneles utilizados por los hombres-araña; estaba cerrado desde este lado, por lo que no cabía esperar que, al menos de momento, entrara nadie por allí.

—Ya estamos aquí —el cabo Moore se acercó al hombre que afirmaba no ser el sargento Spencer—. ¿Tiene alguna idea de cómo saldremos?

—Ninguna, hijo —sonrió éste—. De momento vamos a ver de instalar alguna luz, pues no me gusta vivir como un topo. Luego haremos el mayor daño posible en los controles y… habrá

terminado la invasión «arachne» en Canopus. Lo cual no significa, ni mucho menos, que con ello acaben también nuestros apuros.

—¿Es decir que no saldremos de aquí con vida?

—Algo así… Pero no pierdas la esperanza mientras puedas respirar. Yo me he visto muchas veces en situaciones parecidas…, y aquí estoy.

CAPÍTULO X


us pesimistas palabras no indicaban que Hunter se resignara a la derrota ni a la muerte. Por ello se dedicó a recorrer la plaza conquistada, comprobando que los controles de la nave no podían ser manejados sino por seres humanos, que, además, necesitaban luz normal para ver: únicamente los «arachnes» no evolucionados eran seres amantes de la oscuridad.

En el lugar donde se había enfrentado con los «arachnes» de figura humana encontró los cuerpos de sus cuatro víctimas…, todos muertos. Tres de ellos eran increíblemente viejos a juzgar por su apariencia…, y no eran humanos a pesar de que su aspecto exterior les diferenciaba bien poco de éstos. Probablemente pertenecían a alguna raza desconocida cuya evolución siguió cauces paralelos a los de los hijos de la tierra. El otro tenía un aspecto externo idéntico al suyo propio.

No le asombró mucho que su último puñetazo hubiera matado a

un hombre tan anciano como el que se le enfrentó. Dudaba que sus fuerzas hubieran sido bastantes para sostener un arma.

Luego se enfrentó con los tableros de control.

Eran, desde luego, distintos a los de cualquier astronave que él hubiera visto hasta entonces. Pero los principios en que se basaban eran semejantes y no le costó gran cosa localizar una emisora subespacial. Esto era lo más importante, de momento.

Le costó más de una hora de enviar llamadas para convencerse de que algo no marchaba bien. Probablemente una avería por algún lado, supuso. Sus tenues esperanzas disminuyeron todavía más, y la precipitada llegada del sargento O'Leary acabó de hundirlas al anunciar:

—¡Se acerca un buen número de renegados, y no parecen llevar demasiado buenas intenciones! ¿Qué hacemos?

—¡Darles una calurosa bienvenida, naturalmente! —replicó.

Pero la situación no podía ser más desesperada, según comprobó al primar vistazo. Tenía quince hombres, y armas para apenas la mitad de ellos. ¡Y esta pobre fuerza había de enfrentarse a un número ignorado de enemigos, pero que, sin duda, ascendía a varios centenares por lo menos!

—La oscuridad que hay aquí dentro puede darnos alguna ventaja, pues ellos no nos ven a nosotros. Distribuiros de forma que podáis batir todos los ángulos y ¡abrasad a todo el que se os ponga a tiro! —Dispuso Hunter—. De este encuentro depende nuestra posibilidad de sobrevivir:

Y dando el ejemplo hizo el primer disparo desde las sombras. Un oficial que avanzaba en vanguardia se desplomó a la entrada de la rotonda de acceso a la cámara en que estaban ellos.

—¿Y si cerráramos la puerta? —sugirió Moore.

—¡Nada de eso! —replicó Barney—. Así podemos verles y hacer más difícil su llegada hasta aquí. En el otro caso se amontonarían ahí fuera y entrarían en avalancha: recuerda que no sabemos cómo se cierra desde dentro…, ni hay tiempo de averiguarlo ahora.

—Acabarán por cazarnos de uno en uno…

—… mientras nosotros lo hacemos con ellos de tres en tres. Tenemos ventaja. Son ellos los que nos atacan.

—¿Y no podemos hacer otra cosa que tirar al blanco hasta que

uno de los bandos quede aniquilado? —insistió Moore—. No me gusta este papel de limitarnos a una defensa…

—¡Ya lo creo que sí! —contestó Hunter—. ¡Búscame un par de hombres que entiendan algo del manejo de una astronave! Que dejen sus armas, si las tienen, y se metan ahí detrás para ver si pueden sacar algo en limpio de los controles. Yo no he podido identificar más que algo que parecía una radio…, pero que no funciona. ¡Si al menos pudiéramos cambiar de sitio este trasto…! Siempre nos quedaría la posibilidad, si no encontrábamos otra, de sumergirnos en Canopus y acabar de una vez con todo.

Moore palideció en las sombras. Tragó saliva un par de veces, hizo ademán de decir algo y, finalmente, se calló. Dando media vuelta se dispuso a cumplir la orden recibida.

El tiroteo comenzaba a crecer en intensidad según los adversarios iban encontrando posiciones relativamente guarnecidas. Un hombre lanzó un grito al lado de Hunter y se derrumbó con un tremendo boquete en el pecho. El repugnante hedor a carne quemada se extendió por todo el recinto.

Barney Hunter apretó los dientes e hizo fuego a su vez. Otro enemigo dejó de constituir una amenaza, pero docenas de ellos iban ocupando el lugar de los caídos…

* * *

—¿Han logrado averiguar algo ésos de ahí dentro, Moore? —Hunter se apartó un poco de la línea de fuego para conversar con algo de tranquilidad.

—Nada —repuso el aludido, torvamente—. Aquello es un verdadero galimatías, y lo único que han sacado en limpio es la emisora. Está instalada desde hace poco y funciona con independencia del resto de la maquinaria. Es un modelo semejante a los nuestros, que no parece estar averiada; pero no hay forma de obtener una contestación con ella.

—¿Y dices que no está conectada a las líneas generales de energía? —inquirió Hunter, acometido de una súbita idea.

—Eso parece.

—¡Guarda mi puesto! ¡Voy a ver qué puede hacerse!

Precipitadamente se metió en el otro departamento. Los

hombres que investigaban allí alzaron la vista hacia él.

—¿Cómo van las cosas por ahí fuera? —preguntó uno.

—Igual. Estamos en tablas por el momento, pero no creo que la situación pueda aguantarse mucho. ¿Habéis encontrado algo nuevo?

—Nada. Cierre la puerta y tendremos luz.

En efecto, la iluminación del recinto estaba conmutada con la puerta. Hunter cerró y se encontraron bañados en una clara luz blanca. Luego se acercó a los aparatos, cuyo uso era una incógnita para todos ellos.

—¿Qué creéis que pasará si empezamos a cortar conexiones, muchachos?

—Que algo comenzará a ir mal —fue la respuesta unánime.

—Tenemos una posibilidad. ¿Sabéis por qué no funciona la emisora? Porque la pantalla que impide la salida de radiaciones del sistema planetario está conectada. Con un poco de suerte podemos dejarla fuera de uso.

—¡Pero eso supondrá también el riesgo de interrumpir los sistemas de calefacción y ventilación, entre otros! —protestó uno—. ¡Moriremos todos!

—A eso estamos ya resignados, muchacho —fue la fría respuesta de Hunter—. Sin embargo, podremos resistir unas horas…, y tal vez en ese tiempo pueda llegarnos ayuda…, si consigo establecer contacto por radio.

No se discutió más. Con todo entusiasmo se aplicaron a bajar palancas, cortar cables, cerrar conductos… Poco a poco se iban extinguiendo las luces indicadoras de los tableros de control y, de pronto, se hizo la más absoluta oscuridad.

—Creo que ya está. Vamos a probar ahora.

La emisora funcionaba a la perfección. Hunter estableció contacto con el Cuartel General de Leahy en Gawain.

—El general Leahy no se encuentra aquí —le informó un ayudante.

—¡Pues búscalo, aunque sea en el mismísimo infierno! —ordenó Hunter—. ¡Necesito hablar con él antes de un minuto!

—¡Va a ser difícil…! —vaciló el otro—. Está en…

—¡Pues conécteme allí, por todos los diablos! ¿Habré de decirte con todas las palabras que es tu pellejo el que te estás jugando, idiota?

El hombre quedó atemorizado, y antes del minuto que le concediera Hunter aparecía en la pantalla el rostro del general.

—¿Quién infiernos es usted? —aulló al ver una cara desconocida —. ¡Se está exponiendo a un serio disgusto como…!

—Escucha, Harry —habló Barney con voz apaciguadora—. Si es de esa forma como tratas a todos los amigos a quienes has metido un apuro y luego te…

—¡Barney! —chilló Leahy—. ¿Dónde demonios estás?

—En el infierno, donde me corresponde. ¿Puedes presentarte aquí en cosa de…, digamos veinte segundos?

—Depende. ¿Cuál de todos los infiernos es ése?

—El tercero, a mano izquierda: Canopus. A lo mejor no lo encuentras de momento, pero sigue adelante: está en el mismo lugar de siempre.

—Nos hallamos a… —consultó con alguien, a su lado—, a unos setenta años-luz de ahí. ¿Está todo solucionado?

—Lo estará en cuanto vengas tú con un par de centenares de cruceros. Pero si no te das prisa, dudo que llegues a enterarte de lo que pasa. Me encuentro a bordo de una astronave sin energía. Ya sabes lo que pasa cuando el frío del espacio comienza a hacer de las suyas… si antes no me han frito unos individuos con uniforme de la Armada Espacial Galáctica.

—Estaré ahí en cuanto haya reunido ese par de cientos de naves…

Dejando a uno de los hombres para que siguiera informando al general, Hunter regresó al lugar del combate. Aquello iba de mal en peor y el más claro indicio de ello era que todos sus hombres estaban armados ahora…, sin que hubiera aumentado su arsenal. El enemigo estaba agrupándose para iniciar un ataque masivo.

Apuntó con sumo cuidado a un fulano que llevaba un uniforme más llamativo que los demás, teniendo la satisfacción de comprobar que le abría un formidable agujero entre los hombros.

Al mismo tiempo estalló ante él una vivísima llamarada. Algo le empujó rudamente, y al caer se golpeó fuertemente en la cabeza con algún objeto duro.

La danzante luz de las linternas, única de que se disponía en la

nave, estalló en una cascada de colores que giraban vertiginosamente. Luego se hizo una absoluta oscuridad.

* * *

—Y eso es todo, hijos —concluyó Hunter, palpándose el enorme chichón que llevaba en la cabeza—. Luego de hacerme esto no recuerdo nada más.

El coronel Spruce inclinó la cabeza con simpatía.

—Alguien a quien conoces, según creo, te lo podrá decir.

Se apartó un poco. Un joven teniente de las fuerzas del espacio pasó a ocupar el primer término.

Hunter paseó la mirada de su rostro al de Leahy, que estaba al otro lado.

—A no ser que el golpe me haya causado amnesia, no lo he visto en mi vida.

El teniente sonrió. Sus finos dedos se introdujeron bajo el cuello del uniforme, hurgó allí unos instantes y al momento reaparecieron tirando de algo hacia arriba. La máscara de plástico que le cubría el rostro salió, dejando al descubierto unas facciones de mujer.

—Sigo sin conocerte, preciosa —murmuró Hunter—. Pero juraría que en el lugar que ocupa esa cara de muñeca he visto en algún tiempo la de Fay Williams.

Ella asintió con una encantadora sonrisa.

—Acertaste, Barney Hunter… Y que conste que tus amigos no me han «soplado» tu verdadero nombre. En toda la Galaxia no podía haber otro capaz de lo que tú has hecho desde el principio. No tardé ni una hora en identificarte.

—Tú tampoco lo haces mar para ser principiante —reconoció él —. Harry, te presento a la señorita Fay Williams, una aficionada que…

—Creo que andas equivocado, Barney —le interrumpió Spruce —. Tu amiga es una colega: Morgan, es su apellido, no Williams.

—¡Morgan! ¡Morgan le Fay! —se asombró—. No he tenido ocasión de conocerte hasta ahora, compañera, pero he de reconocer que tu fama no es exagerada.

—El Hada Morgana, como se la conoce —intervino Leahy— te ha salvado la vida. Hizo prisionero a un teniente de los «arachnes»,

y con un suero de la verdad le arrancó los informes necesarios para hacerse pasar por él. Cuando todo el mundo estaba ocupado en atacaros a ti y a tus hombres, ella, que se encontraba también a bordo, liberó a los restantes prisioneros y acometieron por la espalda a los demás, creando una diversión que bastó para entretenerlos hasta nuestra llegada. Os encontramos a todos ya medio congelados…, pero muchos aún con vida.

—Creo que, juntos, vamos a hacer cosas grandes —dijo Hunter —. Jamás he querido asociarme con nadie, pero sospecho que mis días de lobo solitario se terminan…

Hablaba en tono ensoñador, y, aunque la muchacha no pronunció palabra, Hunter vio en ella algo que le dijo que no le desagradaba la propuesta:

Leahy vino a interrumpir sus agradables cavilaciones.

—Te has ganado el cheque prometido al averiguar lo que ocurría en el sector de Sol; pero supongo que no habrá inconveniente en que nos lo expliques a los que somos cortos de entendimiento y no poseemos el don de la adivinanza.

—Con mucho gusto. Empieza a preguntar.

—Bien. ¿Quiénes son los «arachnes»?

—Comprenderás que muchas de las cosas que voy a decirte no las sé con seguridad, pero creo que no ando muy descaminado. Los «arachnes» son una raza de seres parásitos, que viven en comunidades muy semejantes a las abejas terrestres. En general son asexuados, y únicamente unos pocos de ellos hacen el papel de «reina» y «zánganos». La reina ocupaba una «colmena», la puebla, y gobierna en ella de un modo absoluto. Los verdaderos «arachnes» apenas poseen inteligencia, que únicamente es patrimonio de la reina, la cual al carecer de la facultad de hablar se ve precisada a utilizar unos formidables poderes telepáticos. Cuando los «arachnes» alcanzan su desarrollo, mueren a no ser que sufran una metamorfosis muy complicada. Los insectos, normalmente, en el estado de larva suelen poseer lo que se llama «discos imagínales», una especie de planos biológicos que guían la transformación hasta convertirse en el imago o insecto adulto. Los «arachnes» carecen de ellos y necesitan un «espejo» en forma de otro ser, a cuya semejanza se transforman, matándolo en el proceso…

Se interrumpió al recordar aquella visita que hizo cierta noche a

las cavernas del Palacio Gubernamental, cuando salvó la vida a Fay Morgan.

—Sigue… —le apremió Spruce.

—Poco más queda. Por lo visto esos seres agotaron la provisión de «espejos» en sus mundos de origen. Al llegar aquí apenas les quedaban los «hombres» suficientes para el manejo de las naves: yo maté a los tres últimos en la cámara de control. Si os fijáis, se ve en seguida que no son humanas, aunque lo parecen; además, son viejísimos.

Hizo una pausa para tomar aliento.

—Como decía —continuó—. Se desparramaron por todos los mundos de esta vecindad, e iniciaron la conquista sustituyendo a los jefes militares y civiles por «arachnes» transformados. No queda mucho más por contar. A vuestra disposición queda la astronave en que vinieron, y todos sus secretos. Los «arachnes» que quedan con vida están desorganizados como abejas sin reina, ya que yo maté a la suya.

Interrogadles…, con suavidad. Son muy poco resistentes a las drogas y fáciles de identificar, si se les busca, pese a su parecido con los humanos. En la nave apenas se ha destrozado cosa alguna que vuestros técnicos no sean capaces de reconstruir. En ella está el secreto de sus dos principales armas: la pantalla que impide el paso a las radiaciones y la que paraliza el funcionamiento de los motores de las naves. Conocidas éstas no será difícil crear algo que las contrarreste para emprender la reconquista de los mundos que aún quedan en su poder. Es simple cuestión de fuerza física, de la que la Federación posee mayores cantidades que los «arachnes».

Se puso en pie. La cámara oscilaba a su alrededor, pero dominó el vértigo. Fay Morgan acudió a su lado.

—Gracias, pequeña —sonrió él. Luego, volviéndose hacia Leahy—: ¿Puedes poner a nuestra disposición algo que nos lleve a Canopus IV?

—Sí, desde luego —asintió el general—. Pero yo había creído que regresábais con nosotros…

—Imposible, hijo mío. —Hunter hizo una mueca de dolor, aunque su intención había sido dibujar una alegre sonrisa—. Los criminales como nosotros tenemos cierto reparo en disfrutar de la compañía de dos polizontes más de lo imprescindible. ¡Hasta la

vista!

Transcurrió un rato. Desde el aposento en que cambiaban impresiones, Leahy y Spruce percibieron el leve temblor originado al separarse del crucero una pequeña navecilla.

—¡Allá van! —suspiró el coronel—. Ambos son admirables. ¡Qué lástima que a veces se tuerzan un poco sus caminos! El ansia desmedida de riquezas…

—No creo que ése sea el caso de Hunter —repuso Leahy—. Se ha marchado sin acordarse del cheque. Y recuerde, coronel, que a partir de hoy nuestro amigo inicia una vida nueva, aunque no cambia de rumbo. Se le prometió un olvido de todo lo pasado…

—Olvido que habrá que extender a la chica —supuso Spruce—. En adelante nos resultará más fácil vigilarles, pues actuarán juntos.

—… más difícil —aclaró el general—. De uno en uno eran formidables: juntos resultarán invencibles.

* * *

La vieja «Alden» abandonó el astropuerto de Canopus IV. Sentados ante sus mandos, el capitán Duncan y su nuevo socio veían desplegarse en la pantalla la inmensa forma ovalada de la Galaxia.

—Ese hermoso imperio lo pongo a tus pies, Fay —murmuró Hunter con cierta torpeza.

—Recuerda que la mitad de él lo tengo yo conquistado —ironizó ella.

En aquel momento se acordó Hunter del famoso cheque.

—¡Canastos! ¡Se me ha olvidado cobrar la recompensa! Bueno, de todas formas está segura…, creo yo.

—¡Eso les pasa a los que pierden la cabeza por una mujer! —chilló Lionel, que no podía ocultar cierto resentimiento hacia la muchacha que le relegaba a segundo término—. ¡Acaban por olvidar hasta los intereses más elementales!… ¡No, Barney, no me tires eso!

Pero «eso», un objeto de bastante masa para poderle aplastar, surcaba ya los aires.

—¡Cállate, pajarraco!

—El «pajarraco»» era pequeño y la posición de su agresor mala

para hacer puntería. Gracias a ello. Lionel siguió viviendo.





LA MISTERIOSA LLAMADA
DE LOS ESPACIOS INFINITOS

EL INCREÍBLE PROGRESO
DE LOS SIGLOS FUTUROS

EL ALUCINANTE ARCANO
DE LA VIDA EN OTROS MUNDOS

La ficción científica le proyectará más allá de las fronteras de nuestro mundo, hasta las últimas galaxias y los mundos más diversos en

ESPACIO EXTRA

con los autores españoles de este género que pueden compararse dignamente a los maestros de la "science fiction" de todo el mundo.

Publicación mensual

Impreso por Ediciones Toray, S. A. Arnaldo de Oms, 51-53 - BARCELONA

Precio: 8 ptas.



ENRIQUE SÁNCHEZ PASCUAL.

Nació en Madrid en agosto de 1918. Era estudiante de medicina cuando estalló la guerra civil, lo que le obligó a abandonar los estudios. Su condición de combatiente republicano le obligó a exiliarse de España al terminar el conflicto, refugiándose en Francia. Allí conoció a su esposa, Ángeles Abulí, con la que contrajo matrimonio fruto del cual fueron cinco hijos: Christiane, Enrique, Richard, Yolande y May. Posteriormente regresó a España, lo que le costó cumplir una pena de prisión en la cárcel de Figueras; resulta curioso comprobar el paralelismo de esta etapa de su biografía con las de otros autores de literatura popular tales como Marcial Lafuente Estefanía, el recientemente fallecido Alfonso Arizmendi o Fernando Ferraz Fayos (Profesor Hasley) entre otros; por lo que se ve, el bando perdedor de la guerra civil fue una cantera de excelentes escritores en los años subsiguientes. En los duros años de la posguerra, y domiciliado en Madrid, trabajó como representante de unos laboratorios farmacéuticos escribiendo Poesías para médicos, un irónico poemario dedicado al colectivo médico. Poco después, animado por un amigo escritor, probó suerte en el campo

de la literatura popular, entonces en auge, es de suponer que con éxito puesto que acabaría convirtiéndose, tal como se ha comentado en la introducción, en uno de los autores más conspicuos del género. Aunque Sánchez Pascual comenzó su carrera literaria en Bruguera, lo que motivó el traslado de toda la familia a Barcelona, fijando su residencia primero en el pueblecito de Mirasol y posteriormente en Sant Cugat del Vallés y Masnou, también fue uno de los principales colaboradores de Toray, la rival catalana de Bruguera, donde asimismo dejó un extenso catálogo. Otras editoriales para las que escribió fueron también la desaparecida Ediciones Petronio y la mexicana Diana.

Tal como solía ocurrir en este campo, Sánchez Pascual escribió prácticamente de todo: novelas, guiones, poesías, artículos, obras de teatro, traducciones… y por supuesto, abordando prácticamente todos los géneros. Como es natural tuvo que firmar bajo seudónimo y, al ser tan prolífico, recurrió a una buena batería de ellos. El más conocido de todos es probablemente el de Alex Simmons, pero también utilizó el de Karl von Vereiter, para firmar libros de temática bélica y, ya dentro de la ciencia ficción, recurrió a toda una batería de los mismos: Law Space, H.
S. Thels,
W. Sampas, Alan Comet, Alan Starr, Lionel Sheridan, el ya citado Alex Simmons… El que hay que descartar como suyo, pese a las atribuciones que se le han hecho, es el de Marcus Sidereo, probablemente un seudónimo editorial bajo el que se cobijaron diferentes autores no identificados.

Notas

[1] 100 años-luz.

El parsec es una medida de distancias astronómicas que equivale a una paralaje de un segundo de arco, o sea 3’3 años-luz.

< <